
PENSAMIENTOS PARA HOMBRES JÓVENES

Una exhortación

*“Exhorta asimismo a los
jóvenes a que sean prudentes”*

Tito 2:6

J. C. Ryle
(1816-1900)

PENSAMIENTOS PARA HOMBRES JÓVENES

Por J. C. Ryle

*“Exhorta asimismo a los jóvenes
a que sean prudentes”
Tito 2:6.*

Cuando San Pablo escribió su epístola a Tito acerca de su deber como pastor, mencionó a los jóvenes, como una clase que requería especial atención. Después de haber hablado de hombres y mujeres ancianas y de mujeres jóvenes, agrega este piadoso consejo: “Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes” (Tito 2:6). Voy a seguir el consejo del Apóstol. Me propongo ofrecer algunas palabras cariñosas de exhortación a los varones jóvenes.

Yo mismo me estoy haciendo viejo, pero hay unas cuantas cosas que recuerdo muy bien de mi juventud. Recuerdo vívidamente los gozos, temores, las tristezas, esperanzas, tentaciones y dificultades, las decisiones equivocadas y los sentimientos mal fundados, los errores y las aspiraciones que rodean y acompañan la vida del joven. Si puedo decir algo para mantener a algún joven en el camino correcto y protegerlo de las faltas y los pecados, los cuales pueden dañar sus perspectivas en el tiempo y la eternidad, estaré muy agradecido.

Me propongo hacer cuatro cosas:

1. Mencionaré algunas *razones* generales por las cuales los jóvenes necesitan ser exhortados.

2. Haré notar algunos *peligros* especiales contra los cuales los jóvenes necesitan ser advertidos.

3. Daré algunos *consejos* generales que ruego a los jóvenes reciban.

4. Y estableceré algunas *reglas de conducta* especiales que aconsejo encarecidamente a los jóvenes seguir.

En cada uno de estos cuatro puntos, tengo algo que decir, y oro a Dios que lo que diga sea de bien para algún alma.

I. Razones para exhortar a los jóvenes

En primer lugar, ¿cuales son las razones generales por las cuales los jóvenes necesitan exhortaciones especiales? Mencionaré varias en orden.

1. En primer lugar, el doloroso hecho de que son pocos los jóvenes, en cualquier parte, que parecen tener algo de religión.

Hablo sin hacer excepciones; lo digo de todos. De alta o baja posición, ricos o pobres, inteligentes o ingenuos, letrados o iletrados, del campo o la ciudad—no hay ninguna diferencia. Tiemblo al observar que muy pocos jóvenes son guiados por el Espíritu Santo,—que muy pocos están en ese camino angosto que guía a la vida,—que muy pocos ponen sus afectos (tesoros) en las cosas de arriba,—que muy pocos toman la cruz y siguen a Cristo. Lo digo con mucho pesar; pero sabe Dios que digo la verdad.

Jóvenes, ustedes son un sector grande e importante en la población de este país; ¿pero dónde y en que condición se encuentran sus almas inmortales? ¡Ay!, ¡No importa a dónde busquemos la respuesta, la conclusión será siempre la misma!

Preguntemos a cualquier fiel ministro del evangelio, y notemos lo que nos contesta. ¿Cuántos son los jóvenes solteros con los que puede contar para que participen de la Cena del Señor? ¿Quiénes son los más reacios a los medios de gracia, los más irregulares en asistir a los cultos del domingo, los más difíciles de atraer a las reuniones de oración entre semana, los más desatentos durante la predicación? ¿Qué parte de su congregación le causa más ansiedad? ¿Quiénes son los que le producen la mayor intranquilidad? ¿Quiénes en su rebaño son los más difíciles de manejar, los que con más frecuencia necesitan advertencias y reprensiones, los que le ocasionan las mayores tristezas e inquietudes, los que lo mantienen en constante temor por el estado de sus almas y que parecen ser más imposibles de alcanzar? Podemos estar seguros de que la respuesta siempre será: “*los jóvenes.*”

Preguntemos a los padres de familia en cualquier parte, y notemos lo que generalmente contestan. ¿Quiénes en su familia les dan más dolores de cabeza y problemas? ¿Quiénes son los que necesitan más vigilancia y los exasperan y los decepcionan con más frecuencia? ¿Quiénes son los primeros que se desvían del camino recto, y los últimos en recordar las advertencias y los buenos consejos? ¿Quiénes son los más difíciles de controlar? ¿Quiénes son los que con mayor frecuencia cometen pecados notorios, deshonoran el nombre que llevan, hacen infelices a sus amigos, amargan la vejez de sus familiares, y hacen que con dolor vayan a su sepultura? Podemos estar seguros de que la respuesta generalmente será: “*los jóvenes.*”

Preguntemos a los magistrados y oficiales de justicia, y notemos qué contestan. ¿Quiénes son los que más frecuentan los bares? ¿Quiénes son los que menos respetan el día de reposo? ¿Quiénes son los que forman las pandillas que son un flagelo para la sociedad? ¿Quiénes son los que con mayor frecuencia son arrestados por borrachos, infracciones al orden pú-

blico, pleitos, robos, asaltos y delitos similares? ¿Quiénes llenan las cárceles y penitenciarias? ¿Cuál es el sector que más requiere constante vigilancia? Podemos estar seguros de que la respuesta será: “*los jóvenes.*”

Consideremos ahora la clase alta, y notemos lo que reportan. En una familia los hijos siempre están malgastando tiempo, salud, y dinero en egocéntricas búsquedas de placeres. En otra familia, los hijos no siguen ninguna profesión y desperdician los años más preciados de sus vidas sin hacer nada. En otra, siguen una profesión por decir que la tienen, pero sin dar ninguna atención a lo que ella exige. En otra, los jóvenes siempre andan en malas compañías, malgastando dinero en apuestas, acumulando deudas y causando continuamente ansiedad a los que realmente los quieren. ¡Ay! El rango, los títulos, los bienes, y la educación no previenen tales cosas! A decir verdad, muchos padres preocupados, madres con el corazón quebrantado y hermanas afligidas, podrían contar anécdotas tristes acerca de ellos. Muchas familias que tienen todo lo que este mundo ofrece tienen un familiar cuyo nombre nunca se menciona—o quizás sólo se menciona con pesar o vergüenza—un hijo, un hermano, un primo, un sobrino que hace lo que quiere y causa tristeza a todos los que lo conocen.

Muy raramente se encuentra a una familia rica que no tenga espinas en la carne, algo que trastorne su felicidad, que sea constante motivo de dolor y preocupación. Y las más de las veces, ¿no es cierto que son “*los jóvenes*”?

¿Y que diremos de estas cosas? Son la realidad, la realidad palpable, la realidad que encontramos por todos lados, una realidad que no podemos negar. ¡Qué terrible es pensar que cada vez que me encuentro con un joven, probablemente me hallo ante un enemigo de Dios que viaja por el camino ancho que lleva a la destrucción, no apto para el cielo! De seguro que con tal realidad ante mí, ya no te sorprendas de que quiero exhortarte, y tendrás que admitir que tengo razón al hacerlo.

2. En segundo lugar, al igual que como todos los demás, el joven tendrá que enfrentar la muerte y el juicio, aunque casi todos parecen olvidarlo.

Joven, está establecido que mueras una sola vez; no importa lo saludable que estés, el día de tu muerte puede estar cerca. Veo a jóvenes al igual que ancianos enfermos. Entierro cuerpos jóvenes al igual que envejecidos. Leo los nombres de personas no mucho mayores que tú en las lápidas de los cementerios. Aprendo de los libros que con excepción de ancianos e infantes, mueren más personas entre los 13 y 23 años que en ninguna otra etapa de la vida. Y sin embargo, tú vives como si estuvieses seguro de no morir.

¿Piensas que quizás te ocuparás de estas cosas *mañana*? Recuerda las palabras de Salomón: “No te jactes del día de mañana; porque no sabes que dará de sí el día” (Proverbios 27:1). Arquías, tirano de Tebas, en medio de un banquete recibió una carta que le imploraron leyera porque era

muy importante. “¡Dejemos para mañana los asuntos serios!” exclamó a la vez que ponía la carta debajo de un cojín. Al rato, entraron en la sala varios que habían tramado matarlo, y lo degollaron. La carta que no leyó contenía el aviso del complot con todos sus detalles. Mañana es el día de Satanás, pero el día de hoy es de Dios. A Satanás no le importa lo espiritual que sean tus intenciones, siempre y cuando les dejes para *mañana*. ¡Oh, no le des lugar al diablo en esto! Contéstale: “¡No, Satanás! Será hoy, hoy.” No todos los hombres viven hasta ser patriarcas como Isaac y Jacob. Muchos hijos mueren antes que sus padres. David tuvo que llorar la muerte de dos de sus mejores hijos; Job perdió a sus diez hijos en un día. Tu suerte quizás sea como la de uno de ellos, y cuando viene la muerte, será en vano hablar del mañana, tendrás que partir ya.

¿Estas pensando que más adelante llegarás a una *etapa más conveniente* para atender estos asuntos? Así lo creyeron Félix y los atenienses a quienes Pablo predicó; pero esa etapa nunca llegó. El infierno está pavimentado con tales ilusiones. Mejor es asegurarte de las cosas mientras puedes. No dejes nada de lo eterno sin resolver. No te arriesgues cuando lo que está en juego es tu alma. Créeme, la salvación de un alma no es cosa fácil. Todos necesitamos una “grande” salvación, seamos ancianos o jóvenes; todos necesitamos nacer de nuevo, todos necesitamos ser lavados en la sangre de Cristo, todos necesitamos ser santificados por el Espíritu. Feliz es el hombre que no deja estos asuntos en la incertidumbre, y no descansa hasta que tiene en su interior el testimonio del Espíritu de que es hijo de Dios.

Joven, tu tiempo es corto. Tus días son pocos—una sombra, un vapor, un cuento que pronto se acaba. Tu cuerpo no es de bronce. “Los muchachos” dice Isaías, “se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen” (Isaías 40:30). Puedes perder la salud en un instante: sólo basta una caída, una fiebre, una inflamación, un vaso sanguíneo roto para que los gusanos se alimenten de ti. No hay más que un paso entre ti y la muerte. Esta noche quizás tu alma sea requerida de ti. Eres rápido en el camino de este mundo, y rápidamente te irás. Toda tu vida es una incertidumbre, pero tu muerte y el juicio sí son seguros. Tú también tendrás que oír la trompeta del Arcángel, y presentarte ante el gran trono blanco, tú también obedecerás a la orden, que Jerónimo decía siempre timbraba en sus oídos: “Levantaos muertos, y venid al juicio.” “Seguramente vengo aprisa,” es la declaración del Juez mismo. Por eso, no me atrevo a dejar de exhortarte, ni puedo dejar de hacerlo.

¡Oh que tomaras a pecho las palabras del Predicador!: “Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios” (Eclesiastés 11:9). ¡Es increíble que ante tal perspectiva alguien pudiera descuidar este asunto y despreocuparse de él! Ciertamente que no hay peor loco que el se confor-

ma con vivir sin prepararse para la muerte. Ciertamente que la incredulidad del hombre es lo más sorprendente en este mundo. La profecía más clara en la Biblia comienza bien con estas palabras, “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?” (Isaías 53:1). Bien dice el Señor Jesús: “Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8). Joven, me temo que esta sea la declaración de muchos como tú ante el tribunal celestial: “Ellos no creen.” Y me temo que tengas que dejar apresuradamente este mundo, y despertarte para descubrir demasiado tarde, que la muerte y el juicio son una realidad. Me temo todo esto, y por lo tanto te exhorto.

3. Lo que los jóvenes lleguen a ser, con toda probabilidad, depende de lo que son ahora, pero ellos parecen olvidarlo.

La juventud es la semilla de lo que llegará a ser la madurez, la etapa de moldear en el breve espacio de la vida humana, el momento decisivo en la historia de la mente del hombre.

Por el retoño juzgamos el árbol, por la flor juzgamos la fruta, por la primavera juzgamos la cosecha, por la mañana juzgamos cómo será el día—y por el carácter del joven, por lo regular podemos juzgar cómo será cuando sea adulto.

Joven, no te engañes. No pienses que puedes servir a tus concupiscencias y placeres primero, y luego ir y servir a Dios con facilidad después. No pienses que puedes vivir con Esaú, y luego morir con Jacob. Es una burla tratar con Dios y tu alma en tal modo. Es una burla terrible suponer que puedes dar la flor de tu juventud y fuerza al mundo y al diablo; y después conformar al Rey de reyes con los desperdicios y sobras de tu corazón—con los restos y despojos de tus fuerzas. Es una burla terrible, y a tu pesar encontrarás que es imposible hacerlo.

Me atrevo a decir que estás confiando en un *arrepentimiento tardío*. No sabes lo que haces. No estás teniendo en cuenta a Dios. El arrepentimiento y la fe son dones de Dios, y dones que él frecuentemente niega cuando se los han rechazado durante demasiado tiempo. Admito que el arrepentimiento genuino nunca es demasiado tarde, sin embargo te advierto al mismo tiempo que el arrepentimiento tardío muy rara vez es auténtico. Y admito que un ladrón se convirtió en su última hora para que nadie pierda la esperanza; pero al mismo tiempo te advierto que sólo uno se convirtió así y nadie suponga que puede hacer lo mismo. Admito que está escrito, que Jesús puede “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25). Pero te advierto que el mismo Espíritu escribió también: “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese. También yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis” (Proverbios 1:24 y 26).

Créeme que no te será tan fácil acercarte a Dios sólo cuando a ti te plazca. Es cierto lo que ha dicho el Arzobispo Leighton: “El camino del

pecado es cuesta abajo; y nadie puede frenarlo cuando se le da la gana.” Los deseos santos y las convicciones serias no son como el siervo del centurión, que van y vienen según el deseo de éste; si no que son más bien como el unicornio del que habla el libro de Job: no obedecerán tu voz, ni atenderán a tus mandatos. Se dice del famoso general Aníbal, que cuando pudo haber tomado Roma, hizo guerra contra ella, pero *no la quiso tomar*; y más adelante, cuando quiso tomarla, *no la tomó porque no pudo*. Cuidado, que no te suceda algo similar con respecto a la vida eterna.

¿Por qué digo esto? Lo digo sabiendo lo que es la *fuerza de la costumbre*. Lo digo porque la experiencia me indica que el corazón de una persona muy raramente cambia si no cambia desde joven. Rara vez se convierte alguien en su vejez. Los hábitos tienen raíces muy profundas. El pecado, una vez que ya lo has dejado arraigarse en ti, no se desarraiga porque meramente lo deseas. Las costumbres llegan a ser parte de tu naturaleza, y te encadenan con cadenas triples que no se pueden romper fácilmente. Bueno dice el profeta, “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jeremías 13:23). Los hábitos son como piedras que ruedan cuesta abajo, cuanto más ruedan, más rápido e incontrolable es su curso. Los hábitos, como los árboles, se fortalecen con los años. Un muchacho puede doblar un cedro cuando es un retoño, pero cien hombres no lo podrán sacar de raíz cuando sea un árbol ya maduro. Un niño puede vadear el río Thames en su fuente, pero el barco más grande del mundo puede flotar en el cuándo se acerca al océano. Lo mismo sucede con los hábitos: cuánto más viejos más fuertes, cuanto más tiempo nos han dominado, más difícil es librarnos de ellos. Crecen a medida que crecemos nosotros y se fortalecen con nuestras fuerzas. La costumbre es la nodriza del pecado. Cada nuevo acto de pecado disminuye el temor y el remordimiento, endurece nuestro corazón, insensibiliza nuestra conciencia e incrementa nuestras inclinaciones perversas.

Joven, quizás pienses que pongo demasiado énfasis en este punto. Si tú vieras a hombres viejos como yo los he visto, a un paso de la tumba, sin sentimientos, marchitos, endurecidos, muertos, fríos, ásperos como una piedra de pulir, no lo pensarías. Créeme, no te puedes quedar inactivo en lo que concierne a tu alma. Las costumbres, sean buenas o malas, se van cimentando diariamente en tu corazón. Cada día, o te estás acercando a Dios o alejándote de él. Cada año que continuas impenitente, la pared divisoria entre tú y el cielo se hace más alta y gruesa, y el abismo para cruzar se hace más profundo y ancho. ¡Oh, teme al endurecimiento que viene con pecar constantemente! Hoy es el momento propicio. Mira que tu vuelo no sea en el invierno de tus días. Si no buscas al Señor cuando joven, la fuerza de la costumbre es tal que probablemente nunca lo busques. Esto es lo que temo, y por lo tanto te exhorto.

4. *El diablo pone especial cuidado en destruir el alma del joven, y parece ser que éste ni cuenta se da.*

Satán sabe muy bien que tú serás la siguiente generación, por lo tanto emplea todas sus artimañas para hacerte suyo. Y no te dejaré ignorante en cuanto a sus estratagemas.

Tú eres el que él escoge para prodigarte sus mejores tentaciones. Extiende su red con el mayor cuidado para atrapar tu corazón.. Despliega sus mercaderías ante tus ojos con la mayor astucia para que compres su veneno endulzado, y comas sus reposterías malditas. Tú eres el objeto de su ataque. Quiera el Señor reprenderlo, y librarte de sus manos.

Joven, cuídate de no caer en su red. Tratará de arrojar polvo en tus ojos para impedir que veas cómo son verdaderamente las cosas. Quiere hacerte creer que el mal es bien, y el bien es mal. Pintará, dará lustre, y vestirá el pecado para que te enamores de él. Deformará, calumniará y ridiculizará la verdadera religión, para que la desprecies. Exaltará los placeres de la maldad, pero esconderá de ti su aguijón. Levantará delante de tus ojos la cruz y su sufrimiento, pero mantendrá fuera de la vista la corona de la vida eterna. Te prometerá todo, como le prometió a Cristo, con la condición de que le sirvas a él. Aun te ayudará a practicar una forma de religión, siempre que dejes a un lado el poder de ella. Te dirá al principio de tu vida, es *demasiado temprano* para servir a Dios; y al final de tu vida, te dirá que es *demasiado tarde*. ¡Oh, no te dejes engañar!

Poco sabes del peligro que corres en manos de este enemigo; y es justamente esta ignorancia que me hace temer por ti. Eres como un ciego, caminando entre hoyos y escollos; no ves los peligros que te acechan a tu alrededor.

Tu enemigo es *poderoso*. La Biblia lo llama “el príncipe de este mundo” (Juan 14:30). Se opuso a nuestro Señor Jesús Cristo a lo largo de su ministerio. Tentó a Adán y Eva que comiesen de la fruta prohibida, e introdujo en el mundo el pecado y la muerte. Tentó aun a David, el hombre a quien Dios amó, y ocasionó que el resto de sus días estuvieran llenos de dolor. Aun tentó a Pedro, el apóstol escogido, e hizo que negara a su Señor. ¡Ten por seguro que es un enemigo que no puedes subestimar!

Tu enemigo es *inquieto*. Nunca duerme. Siempre está como león rugiente buscando a quien devorar. Va y viene por toda la tierra. Quizás seas tú descuidado con tu alma; pero él no. La quiere para hacerla desgraciada, como lo es él, y hará todo lo posible para conseguirla. ¡Ten por seguro que es un enemigo que no puedes subestimar!

Tu enemigo es *engañoso*. Por casi seis mil años ha estado leyendo un libro, y ese libro es el Corazón del hombre. Ya lo debe conocer muy bien, y, efectivamente, lo conoce bien: todas sus debilidades, todos sus engaños, todos sus vicios. Y tiene un depósito lleno de tentaciones para hacerle daño. Nunca podrás ir a un lugar donde no te encuentre. Vete a la ciudad,

y allí te hallará. Vete al desierto, y allí estará también. Siéntate entre borrachos y parranderos, y estará allí para ayudar. Escucha una predicación, y estará allí para distraerte. ¡Ten por seguro que es un enemigo que no puedes subestimar!

Joven, este enemigo esta trabajando arduamente para destruirte, aunque no lo percibas. Tú eres el premio por el cual está luchando de un modo especial. Él sabe que serás la bendición o la maldición del día, y está tratando arduamente de apoderarse de tu corazón en tu juventud para que puedas ayudarle más y más a adelantar su reinado. Bien sabe que echarse a perder ahora en tus años tiernos es el modo más seguro de estropear el resto de la vida. ¡Oh, quiera el Señor abrirte los ojos, como abrió los del siervo de Elías en Dotán! ¡Oh, que pudieras ver lo que Satán trama contra ti! Debo advertirte. Debo exhortarte. Ya sea que me escuches o no, no me atrevo a dejar de exhortarte, y no puedo dejar de hacerlo.

5. Los jóvenes necesitan exhortación para ahorrarles sufrimientos y para que empiecen a servir a Dios ya.

El pecado es la madre de los pesares, y ningún pecado parece causar al hombre tantas desgracias y sufrimientos como los pecados de su juventud. Las acciones necias que hizo, el tiempo que perdió, los errores que cometió, las malas compañías con que se juntó, el daño que se causó a sí mismo tanto a su cuerpo como a su alma, las oportunidades de felicidad que despreció, las ocasiones de ser útil que desaprovechó; todas estas cosas causan frecuentemente la amargura que siente en su conciencia el anciano, empaña el atardecer de sus días, y llena las últimas horas de su vida con vergüenza y auto reproche.

Algunos podrían contarte de su *pérdida de salud* prematura ocasionada por los pecados de su juventud. La enfermedad hace doler sus miembros, y vivir es un cansancio. Sus músculos se han debilitado tanto que un insecto parece una carga pesada. Sus ojos se han oscurecido prematuramente, y han perdido la fuerza que tenían. El sol de su salud se ha puesto cuando aún es de día, y lloran por su cuerpo consumido. Créeme que esta es una copa amarga para beber.

Otros podrían contarte cosas tristes de las *consecuencias de su holgazanería*. Desaprovecharon las grandes oportunidades de aprender. No adquirieron sabiduría durante el tiempo cuando sus mentes mejor podían recibirla, y su memoria tenía la capacidad de retenerla. Y ahora es demasiado tarde, no tienen tiempo para sentarse y aprender. Ahora si tuvieran el tiempo, ya no tienen la misma capacidad de hacerlo. El tiempo perdido jamás se redime. Y esto también es una copa amarga de beber.

Otros podrían contarte de algún grave *error de tomar una decisión equivocada*, por lo cual sufrieron las consecuencias por el resto de sus vidas. Quisieron salirse con la suya. No escucharon los buenos consejos. Entablaron una relación que fue la ruina de su felicidad. Por ejemplo, es-

cogieron una profesión para la cual eran totalmente ineptos. Y ahora se dan cuenta de ello. Pero sus ojos se abrieron cuando ya no pueden corregir el error. ¡Oh, esta también es una copa amarga de beber!

Joven querido, cómo anhelo que conozcas únicamente la satisfacción de una conciencia que no está cargada con una lista larga de pecados juveniles. Pues éstas son las heridas que hieren en lo más profundo. Éstas son las flechas que matan el espíritu del hombre. Éstas son la dureza que penetra el alma. Sé misericordioso contigo mismo. Busca a Dios en tu juventud y te ahorrarás muchas lágrimas de amargura.

Esta es la verdad que parece haber sentido Job. Dice: “¿Porque escribes contra mí amarguras, y me haces cargo de los pecados de mi juventud?” (Job 13:26). Y también su amigo Sofar, hablando de los malvados dice: “Sus huesos están llenos de su juventud, más con él en el polvo yacerán” (Job 20:11).

David también parece haberlo sentido cuando le dijo al Señor: “De los pecados de mi juventud, y de mis rebeliones, no te acuerdes” (Salmo 25:7).

Beza, el gran reformador sueco, lo sintió tan intensamente que lo menciona en su testamento diciendo que fue una misericordia especial que, por la gracia de Dios, fuera llamado a apartarse del mundo a la edad de dieciséis años.

Si les preguntaras ahora a los creyentes, creo que todos te dirán lo mismo. “¡Ojalá pudiera vivir mi juventud de nuevo!” “¡Ojalá hubiera vivido el principio de mi vida en una manera mejor! ¡Ojalá no hubiera formado malos hábitos en la primavera de mis años!”

Joven, si puedo, quiero ahorrarte este pesar. El infierno mismo es una verdad que muchos conocen cuando ya es demasiado tarde. Sé sabio a tiempo. Lo que en la juventud siembras, en la vejez cegarás. No le des la época más preciosa de tu vida a lo que no te confortará en tu final. Mejor siembra en rectitud: cultiva la tierra fértil, no siembres entre espinas.

Quizá el pecado no tiente tu mano o tu lengua ahora, pero puedes estar seguro de que el pecado y tú se encontrarán tarde o temprano, te guste o no. Las heridas viejas frecuentemente duelen y causan molestias mucho después que han sanado y sólo se nota la cicatriz; lo mismo puede suceder con tus pecados. Se han encontrado huellas de animales en la superficie de las piedras que una vez fueron arena mojada, miles de años después de que el animal que las hizo ha dejado de ser, lo mismo puede suceder con tus pecados.

“La experiencia,” dice el proverbio, “es una escuela muy costosa, pero los necios no aprenden en otra.” Quiero que escapes las desgracias de tener que aprender en esa escuela. Quiero evitar las desdichas que los pecados juveniles causan. Esta es la última razón por lo cual te exhorto.

II. Peligros para los jóvenes

En segundo lugar, hay peligros específicos contra los cuales se necesita advertir a los jóvenes.

1. Un peligro para los jóvenes es el orgullo.

Sé muy bien que todas las almas están en tremendo peligro. Sean ancianos o jóvenes, todos tienen una carrera que correr, una batalla que pelear, un corazón que mortificar, un mundo que vencer, un cuerpo que mantener, un diablo que resistir. Y bien podríamos preguntar, ¿quién puede hacer todas estas cosas? Aun así, cada edad y condición tiene sus peligros y tentaciones particulares, y es mejor conocerlos. Hombre prevenido vale por dos... y ya está armado para la lucha. Ojalá pueda persuadirte de estar en guardia contra estos peligros que voy a mencionar. Si lo logro, estoy seguro que le estaré haciendo un gran favor a tu alma.

El orgullo es el pecado más antiguo del mundo. Es más, antecedió al mundo. Satán y sus ángeles cayeron por orgullo. No estuvieron satisfechos con su primer estado. Y fue así que el orgullo dio al infierno sus primeros habitantes.

El orgullo fue lo que sacó a Adán del paraíso. No estuvo contento con el lugar que Dios le había asignado. Trató de elevarse a sí mismo, y cayó. Y fue así que, por orgullo, hizo su entrada el pecado, el sufrimiento y la muerte.

El orgullo se asienta en el corazón de todos nosotros por naturaleza. Nacimos ya orgullosos. El orgullo nos hace confiar en nosotros mismos, haciéndonos creer que somos suficientemente buenos así como estamos, tapa nuestros oídos para que no escuchemos consejo, nos impulsa a rechazar el evangelio de Cristo, a andar por nuestro propio camino. Pero el orgullo nunca reina con más poder que cuando reina en el corazón de un joven.

¡Qué frecuente es ver a jóvenes testarudos, altaneros e impacientes cuando alguien quiere darles consejos! ¡Son frecuentemente groseros y descorteses con todos los que los rodean, pues piensan que no son valorizados y honrados como lo merecen! ¡Con cuánta frecuencia ni se detienen para escuchar lo que un adulto les sugiere! Se creen que lo saben todo, y, por eso, son muy engreídos. Consideran que los mayores, especialmente los de su parentela, son estúpidos, aburridos y atrasados. No quieren ni creen necesitar que les enseñen o instruyan. Según ellos, lo entienden todo. El mero hecho de que les hablen los pone de mal humor. Como los potros, no soportan el menor control. Quieren ser independientes y salirse con la suya. Parece que piensan como los que menciona Job, “Ciertamente vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría” (Job 12:2). Y todo esto es orgullo.

Así era Roboam, quien rechazó el consejo de los ancianos con experiencia que sirvieron a su padre, y siguió el consejo de los jóvenes de su generación. Vivió para cosechar la consecuencia de su necedad. Y hay muchos como él.

Así era el hijo prodigo en la parábola, que se encaprichó que quería su porción de los bienes que heredaría de su padre, y se fue a vivir su vida. No pudo conformarse con vivir tranquilamente bajo el techo de su padre, sino que se fue a un país lejano para ser su propio señor. Como el niño pequeño que deja la mano de su madre y camina solo, muy pronto tuvo que pagar su necedad. Pensó con más prudencia sólo cuando tuvo que comer las sobras de los alimentos de los cerdos. Pero hay muchos como él.

Joven, te ruego encarecidamente que te cuides del orgullo. Se dice que hay dos cosas muy raras en el mundo: una es un joven humilde, y la otra es un anciano que siente contentamiento. Me temo que este dicho sea muy cierto.

No seas orgulloso de tus propias habilidades, de tus propias fuerzas, de tu propio conocimiento, de tu apariencia, de tu astucia. No seas orgulloso de ti mismo, y de ninguno de tus dones. Todo eso viene de no conocerse uno mismo y de no conocer el mundo. A medida que vas madurando y más ves, menos razones encontrarás para ser orgulloso. La ignorancia y la inexperiencia son el pedestal del orgullo; quítale el pedestal, y el orgullo pronto caerá.

Recuerda con cuánta frecuencia la Biblia nos presenta la excelencia de un espíritu humilde. Con cuánta frecuencia nos advierte: “No tenga más alto concepto de sí que el que debe tener” (Romanos 12:3). Qué claro nos dice: “Y si alguno se imagina que sabe algo, aun no sabe nada como debe saberlo” (1 Corintios 8:2). Qué estricto es el mandamiento “¡Vestíos, pues..., de humildad!” (Colosenses 3:12). Y otra vez, “revestíos de humildad” (1 Pedro 5:5). ¡Ay, este es un vestido del cual muchos no parecen si quiera tener un harapo!

Piensa en el gran ejemplo que nuestro Señor Jesús Cristo nos dejó al respecto. Les lavó los pies a sus discípulos diciendo: “Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:15). Está escrito “que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico” (2 Corintios 8:9). Y también: “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo” (Filipenses 2:7, 8). Ciertamente que ser orgulloso es ser más como el diablo y el Adán caído, que como Cristo. Ciertamente que nunca puede uno ser malo y de espíritu corrupto si es como él.

Piensa en el hombre más sabio que existió. Me refiero a Salomón. Fíjate que habla de sí mismo como “joven pequeño,” como uno que “no sabía como entrar o salir” ni valerse por sí mismo (1 Reyes 3:7, 8). El

suyo era un espíritu muy diferente al de su hermano Absalón, quien se creía capaz de hacer cualquier cosa: “¿Quién me pusiera por juez en la tierra, para que viniesen a mí todos los que tienen pleito o negocio, que yo les haría justicia!” (2 Samuel 15:4). Y el suyo era un espíritu muy diferente al de su hermano Adonías quien “se rebeló, diciendo: Yo reinaré” (1 Reyes 1:5). La humildad fue el principio de la sabiduría de Salomón. Lo escribe como su propia experiencia. “¿Has visto hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él” (Proverbios 26:12).

Joven, toma en serio los pasajes que aquí se citan. No confíes en tu propia prudencia. Deja de pensar que siempre tienes razón y que los demás están equivocados. Desconfía de tu propia opinión cuando ves que es contraria a la de tus mayores, y especialmente a la de tus padres. La edad da la experiencia, y por lo tanto merece respeto. Es la característica de la sabiduría de Eliú, en el libro de Job, que “había esperado a Job en la disputa, porque los otros eran más viejos que él” (Job 32:4). Y después dijo: “Yo soy joven, y vosotros ancianos; por tanto, he tenido miedo, y he temido declararos mi opinión. Yo decía: Los días hablarán, y la muchedumbre de años declarará sabiduría” (Job 32:6, 7). La modestia y el silencio son gracias hermosas en el joven. Nunca te avergüences de ser un aprendiz: Jesús era uno a los doce años; cuando lo encontraron en el templo, estaba sentado “en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles” (Lucas 2:46). Los hombres más sabios te dirán que siempre están aprendiendo, y los llena de humildad comprobar lo poco que saben. El renombrado Isaac Newton solía decir que se sentía que no era mucho mejor que un niño que había recogido unas cuantas piedras preciosas en la costa de un océano de sabiduría.

Joven, si quieres ser sabio, si quieres ser feliz, recuerda la advertencia que te doy: Cuidado con el orgullo.

2. Otro peligro para los jóvenes es el amor del placer.

La juventud es cuando nuestras pasiones son más fuertes, y como niños descontrolados, clamamos por conseguir lo que queremos. La juventud es por lo general cuando tenemos más salud y fuerzas; la muerte nos parece muy lejana, y disfrutar de la vida parece ser lo único que importa. La juventud es el tiempo cuando la mayoría tenemos muy pocas preocupaciones o ansiedades que nos molesten. Y todas estas cosas conducen a los jóvenes a pensar exclusivamente en divertirse. “Sirvo sólo a mis deseos y placeres,” es la verdadera respuesta que muchos jóvenes deberían dar si se les preguntara: “¿De quién eres siervo tú?”

Joven, tiempo me faltaría para decirte todos los frutos que este amor al placer produce, y en todas las maneras que daña. ¿Por qué hablar de parrandas, fiestas, borracheras, apuestas, ir al teatro, bailes y tales cosas? Muy pocos pueden decir que no saben al menos algo de esto por amarga experiencia. Todas las cosas que dan un sentir de excitación por un rato,

todas las cosas que impiden pensar y mantienen a la mente en un torbellino, todo lo que complace los sentidos y gratifica la carne; todas estas cosas son las que tienen poder tremendo en nuestras vidas, y deben su poder al amor del placer. Ponte en guardia. No seas como aquellos que describe Pablo: “amadores de los deleites más que de Dios” (2 Timoteo 3:4).

Recuerda lo que digo: lo que mata el alma es dedicarse a los placeres terrenales. No hay camino más seguro para terminar con una conciencia destruida y un corazón endurecido que darle vía libre a los deseos de la carne y la mente. Parece no ser nada al principio pero a la larga se sufren las consecuencias..

Considera lo que Pedro aconseja: Que “os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11). Destruyen la paz del alma, quebrantan su fuerza, llevándola al cautiverio, y haciéndola su esclava.

Considera lo que dice Pablo: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (Colosenses 3:5). “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). “Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre” (1 Corintios 9:27). Una vez fue el cuerpo la perfecta mansión del alma; pero ahora es corrupto y desordenado, y necesita ser vigilado constantemente. Es una carga para el alma, no una ayuda; un estorbo, no un colaborador. Puede ser un útil servidor, pero siempre será señor malo.

Considera otra vez las palabras de Pablo: “Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Romanos 13:14). “Estas” dice Leighton, “son las palabras que, al leerlas San Agustín, lo transformó de un joven libertino en un siervo fiel de Jesucristo.” Joven, deseo que éste sea tu caso también.

Recuerda una vez más: Si te dedicas a los placeres terrenales, encontrarás que todos ellos son *vacíos*, *insatisfactorios* y *vanos*. Como las langostas en la visión de Apocalipsis, parecen tener coronas en sus cabezas, pero comprobarás, como las mismas langostas, tienen agujones, verdaderos agujones, en sus colas. No todo lo que brilla es oro. No todo lo que es bueno es dulce. No todo lo que da placer momentáneo es verdadero placer.

Ve y llénate de placeres terrenales si quieres; pero descubrirás que nunca satisfarán tu corazón. Siempre habrá una voz dentro gritando como el caballo en Proverbios “¡Dame, Dame!” Hay en él un lugar vacío que sólo Dios puede llenar. Por experiencia descubrirás, como Salomón, que los placeres terrenales son sólo vana apariencia, vanidad y aflicción de espíritu, sepulcros blanqueados, bonitos a la vista por fuera, llenos de huesos y corrupción por dentro. Sé sabio a tiempo. Mejor que escribas un rótulo que diga “Veneno” en todos esos placeres terrenales. Aun el más legal de ellos debe ser usado con moderación. Todos ellos son destructores del alma si les das tu corazón. “El placer,” dice además comentando

sobre la segunda epístola de Pedro, “debe tener garantía que será sin pecado; luego, que su *medida* será sin exceso”.

Y aquí quiero advertir a todos los jóvenes que recuerden el séptimo mandamiento: que tengan cuidado con la fornicación y el adulterio, y toda clase de impurezas. Me temo que nunca se habla lo suficiente de esta parte de la ley de Dios. Pero cuando veo cómo los profetas y apóstoles manejaron este tema, cuando observo la manera abierta en que los reformadores de nuestra iglesia los denunciaron, cuando veo el número de jóvenes que siguen las huellas de Rubén, Ofni, Fineas y Amnón—no puedo, con limpia conciencia, guardar silencio. Y dudo mucho que el mundo sea mejor por el silencio excesivo que prevalece sobre este mandamiento. Por mi parte creo que sería una falsedad y una cortesía nada bíblica, hablarle a los jóvenes y no tocar lo que es especialmente “*el pecado del joven*.”

Quebrantar el séptimo mandamiento es el pecado que sobrepasa a todos los demás. Como dice Oseas: “Fornicación, vino y mosto quitan el juicio” (Oseas 4:11). Es el pecado que deja cicatrices más profundas en el alma que ningún otro pecado que comete el hombre. Es el pecado que degolló a miles de todas las edades, y que ha vencido a no pocos de los santos de Dios en el pasado. Lot, Sansón y David son pruebas que hacen temer. Es el pecado del cual el hombre se atreve a sonreír, y lo quiere suavizar con nombres tales como *desliz, inestabilidad, extravío, irregularidad*. Pero este es el pecado del cual el diablo se regocija pues él es “el espíritu sucio”; y es el pecado particular que Dios aborrece, y declara que lo “juzgará” (Hebreos 13:4).

Joven, huye “de la fornicación” (1 Corintios 6:18) si amas la vida. “Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Efesios 5:6). Huye de la ocasión, de la compañía que te arrastra a ella, de los lugares en los cuales puedes ser tentado a cometerla. Lee lo que nuestro Señor dice con respecto a ella en Mateo 5:28. Sé como el santo Job que dijo: “Hice pacto con mis ojos” (Job 31:1). Evita *hablar* de ella. Es algo que ni debes mencionar. No se puede tocar el betún y no ensuciarse. Evita los *pensamientos* de ella; resístelos, mortifícalos, ora en contra de ellos, haz cualquier sacrificio que sea necesario para no ceder. La imaginación es la incubadora donde este pecado con demasiada frecuencia se empolla. Vigila tus pensamientos, y podrás estar seguro de tus acciones.

Considera las advertencias que te he estado dando. Aunque olvides todo lo demás, no olvides esto.

3. Otro peligro para los jóvenes es la irreflexión y la desconsideración.

La falta de reflexión es una razón por la cual miles de almas son arrojadas fuera para siempre. Los hombres no consideran, no miran hacia el futuro, no miran a su alrededor, no reflexionan sobre cuál será el final al

cual los llevará si siguen el rumbo del presente, ni sobre las consecuencias seguras de sus caminos actuales, y al final despiertan para comprobar que van a la condenación por falta de reflexión.

Joven, ninguno corre más peligro que tú. Sabes poco de los peligros a tu alrededor, y por lo tanto no prestas atención por dónde caminas. No quieres la molestia de pensar sobria y silenciosamente, y por lo tanto tomas decisiones equivocadas y corres hacia la amargura. El joven Esaú sintió que tenía que tener el potaje de su hermano, y para obtenerlo, vendió su primogenitura. Nunca *pensó* cuánto la desearía en el futuro. Los jóvenes Simeón y Leví sentían que tenían que vengar a su hermana Dina, y mataron a los varones de Siquem; y nunca *consideraron* cuántos problemas y aflicciones le causarían a su padre Jacob y a su casa. Job parece haber temido de un modo especial a esta falta de reflexión por parte sus hijos: pues está escrito que cuando hacían fiesta, y “habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días” (Job 1:5).

Créeme que este mundo no es un mundo en el cual podremos hacer el bien si no reflexionamos, y mucho menos hacer el bien en los asuntos del alma. “No reflexiones” susurra Satán. Él sabe que el corazón inconverso es como un libro de cuentas de un comerciante deshonesto: no aguanta una inspección a fondo. “Considera tus caminos” dice la Palabra de Dios, haz una pausa y piensa, reflexiona y sé sabio. Muy bien dice el proverbio español: “La prisa viene del diablo.” Así como los hombres se casan de prisa y al tiempo se arrepienten, también cometen errores con respecto a su alma en un minuto, y luego sufren por años. Así como un mal siervo hace algo malo y luego dice, “Nunca lo pensé,” también los jóvenes corren al pecado y dicen: “¡No parecía pecado!” ¿Qué te crees? El pecado no se te va a acercar y decir: “Yo soy el pecado.” Haría muy poco daño si así lo hiciese. El pecado siempre parece “bueno, divertido y deseable,” en el momento de cometerlo. ¡Oh, adquiere sabiduría, obtén discernimiento! Recuerda las palabras de Salomón: “Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos” (Proverbios 4:26). Es un dicho sabio el de Lord Bacon: “No hagas nada apresuradamente. Espera un poco porque llegarás al final más rápido”.

Algunos, me atrevo a decir, objetarán diciendo que lo que pido es excesivo, que la juventud no es la época de la vida para ser serios y reflexivos. Y yo contesto, al contrario, poco peligro hay de que se practique demasiado hoy día. Es muy común hablar tonteras, bromear y divertirse hasta el exceso. Sin duda hay tiempo para todo, pero ser siempre frívolo y superficial no es de sabios. ¿Qué dice el más sabio de los hombres? “Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón. Mejor es

el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón. El corazón de los sabios está en la casa del luto; mas el corazón de los insensatos, en la casa en que hay alegría” (Eclesiastés 7:2-4). El comentarista Matthew Henry cuenta un relato acerca de un gran estadista, el secretario Walsingham, de la época de la reina Elizabeth, quien se retiró de la vida pública en sus últimos días y se dedicó a reflexionar seriamente. Sus alegres compañeros de antes vinieron a visitarle y le dijeron que se estaba convirtiendo en un melancólico. A lo que respondió él: “No. Soy serio porque todo es serio a mi alrededor. Dios es serio cuando nos observa. Cristo es serio cuando intercede por mí. El Espíritu es serio en su trato con nosotros. La verdad de Dios es seria. Nuestros enemigos son serios en su empeño por arruinarnos. Los pobres pecadores perdidos están serios en el infierno. ¿Y por qué entonces no hemos de ser ustedes y yo serios también?”

¡Oh, joven, aprende a ser un pensador! Aprende a considerar lo que estás haciendo, y hacia dónde estás yendo. Haz tiempo para reflexionar con calma. Ten comunión con tu propio corazón y haya en ti quietud. Recuerda mi advertencia: No te pierdas por el mero hecho de no querer reflexionar.

4. Otro peligro para los jóvenes es despreciar la religión.

Este es también un especial peligro. Siempre observo que, de todos, los jóvenes son los que tienen menos respeto por la religión. Nadie, como ellos, se ocupan tan mal de los medios de gracia. Nadie participa tan poco en nuestros cultos. Cuando están presentes, usan muy poco la Biblia y los libros de oración. Cantan muy poco y muy poco escuchan la predicación. Nadie, tanto como los jóvenes, falta a las reuniones de oración, a las conferencias y a todas estas actividades entre semana que ayudan al alma. Los jóvenes parecen pensar que no necesitan estas cosas, que quizás sean buenas para las mujeres y los ancianos, pero no para ellos. Les da vergüenza que alguien piense que les importa su alma; hasta podríamos decir que parece como si para ellos fuera una deshonra ir al cielo. Y esto es *despreciar la religión*; este es el mismo espíritu que hizo que los jóvenes de Betel se burlaran de Elías. Y de este espíritu les digo a los jóvenes: ¡Cuidado! Si vale la pena tener religión, vale la pena ser sincero en cuanto a ella.

Despreciar las cosas santas es ir camino a la infidelidad. Cuando alguien hace una broma o se burla de cualquier parte de la cristiandad, no me sorprende enterarme después de que en realidad no resultó ser un creyente.

Joven, ¿realmente has tomado tu decisión en cuanto a esto? ¿Haz mirado bien el abismo que tienes delante de ti, si persistes en despreciar la religión? Me vienen a la mente las palabras de David: “Dijo el necio en su corazón: No hay Dios” (Salmo 14:1). ¡El *necio*, y ningún otro más que el

necio! ¡Él lo *dijo*, pero nunca lo comprobó! Recuerda, si hay un libro que ha dado pruebas de ser verdad de principio a fin, por todo tipo de evidencias, ese libro es la Biblia. Ha desafiado todos los ataques de todos sus enemigos y de aquellos que sólo se ocupan de encontrar errores. “Es acrisolada la palabra de Jehová” (Salmo 18:30). Ha sido puesta a prueba en todos los aspectos, y cuanto más la ponen a prueba, más evidente ha comprobado ser la palabra de Dios mismo. ¿En que creerías si no crees la Biblia? La única otra opción es creer algo ridículo y absurdo. Puedes estar seguro de que nadie es tan totalmente incrédulo como el que niega que la Biblia es la palabra de Dios; y si es la palabra de Dios, cuidado que no la desprecies.

Los hombres podrán decirte que hay dificultades en la Biblia, cosas difíciles de entender. No sería el libro de Dios si no las hubiera. ¿Y qué si las hay? No desprecies las medicinas porque no puedes explicar todo lo que el doctor hace gracias a ellas. Pero, digan lo que quieran los hombres, lo que es necesario para ser salvos es claro como la luz del día. Puedes estar muy seguro de esto: las personas no rechazan la Biblia porque no la entienden. Al contrario, la entienden demasiado bien: entienden que testifica en contra de su pecado y los cita a juicio. Tratan de creer que es falsa e inútil, porque no quieren reconocer que sea verdad. “Una vida mala,” dijo él celebre Lord Rochester, poniendo una mano sobre la Biblia, “una vida mala es la única gran objeción a este libro.” “Los hombres cuestionan la verdad del cristianismo,” dice South, “porque detestan tener que practicarlo”.

Joven, ¿cuándo falló Dios y no cumplió su palabra? Nunca. Lo que ha dicho, siempre ha hecho; y lo que ha prometido, siempre lo ha cumplido. ¿Acaso no cumplió su palabra mandando el diluvio? ¿Falló en lo que dijo que haría con Sodoma y Gomorra? No. ¿Ha fallado con respecto a los judíos hasta este momento? No. Nunca ha fallado, ha cumplido su palabra. Ten cuidado, que no seas hallado entre aquellos a quienes Dios desprecia.

Nunca te rías de la religión. Nunca bromees con las cosas santas. Nunca te burles de quienes son serios y sinceros en los asuntos concernientes a sus almas. El tiempo puede llegar cuando se cuentan entre los felices aquellos de quienes te burlaste, entonces, tu risa se convertirá en llanto y tus burlas en pesares.

5. Otro peligro para los jóvenes es el temor a la opinión ajena.

“El temor del hombre” verdaderamente “pondrá lazo” (Proverbios 29:25). Es terrible observar el poder que tiene sobre la mayoría de las mentes, y especialmente sobre las mentes de los jóvenes. Muy pocos parecen tener su propia opinión, o pensar por sí mismos. Como pescados muertos son arrastrados por la corriente. Lo que los demás piensan que es bueno, ellos también piensan que lo es; y lo que los demás llaman malo,

ellos también llaman malo. Hay muy pocos pensadores originales en el mundo. La mayoría de los hombres son como ovejas: siguen al líder. Si fuera la moda del día ser romanista, serían romanistas, si lo fuera ser mahometano, serían mahometanos. Temen mucho la idea de ir en contra de la corriente del día. En una palabra, la opinión del día se convierte en su religión, su creencia, su Biblia y su Dios.

El solo pensar “¿qué dirán o que pensarán mis amigos de mí?” destruye muchas buenas intenciones. El temor de ser observado, ridiculizado y de ser objeto de las burlas, impide la formación de muchos buenos hábitos. Hay muchas Biblias que pudieran ser leídas este mismo día si sus dueños se atrevieran. Saben que deberían leerlas, pero tienen miedo: “¿Qué dirá la gente?” Hay rodillas que se doblarían en oración esta misma noche, pero el temor a los demás se lo impide: “¿Que diría mi esposa, mi hermano, mi amigo, mi compañero, si me viera orando?” ¡Ay, qué esclavitud tan miserable es ésta, y no obstante, tan común! “Porque temí al pueblo,” dijo Saúl a Samuel cuando quebrantó el mandamiento del Señor (1 Samuel 15:24). “Tengo temor de los judíos” dijo Sedequías, el rey rebelde de Judá; y por su temor, desobedeció el consejo que Jeremías le dio (Jeremías 38:19). Herodes tuvo miedo de lo que pensarían sus invitados, así que hizo lo que lo hizo “excesivamente triste”: decapitó a Juan el Bautista. Pilato temió ofender a los judíos, así que hizo lo que su conciencia le decía que era injusto: entregó a Jesús para ser crucificado. ¿Si esto no es esclavitud, entonces qué es?

Joven, quiero que todos los jóvenes estén libres de esta esclavitud. Quiero que a ninguno de ustedes les importe la opinión ajena cuando el camino del deber es claro. Créeme, es grandioso poder decir: “¡No!” Este era el punto débil del buen rey Josafat, cedió fácilmente en sus tratos con el rey Acab, y, por ello, se acarreó muchos problemas (1 Reyes 22:4). Aprende a decir “No.” No dejes que el temor de no parecer simpático te impida hacer lo que debes. Cuando los pecadores te insisten, di decisivamente: “Yo no consentiré” (Proverbios 1:10).

Considera únicamente lo *irrazonable* que es el temor al hombre. ¡Qué poco dura la hostilidad del hombre, y qué poco daño te puede hacer! “¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo de hombre, que es como heno? Y ya te has olvidado de Jehová tu Hacedor, que extendió los cielos y fundó la tierra” (Isaías 51:12, 13). ¡Y qué *ingrato* es este temor! Nadie tendrá mejor opinión de ti gracias a él. El mundo siempre respeta a aquellos que actúan valientemente para Dios. ¡Quiebra estas ataduras y arroja lejos de ti estas cadenas! Nunca te avergüences de dejar que los demás vean que quieres ir al cielo. No pienses que es una vergüenza demostrar que eres un siervo de Dios. Nunca tengas miedo de hacer lo que es correcto.

Recuerda las palabras del Señor Jesucristo: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que

puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”(Mateo 10:28). Trata de complacer sólo a Dios, y él pronto hará que los demás estén complacidos contigo. “Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él” (Proverbios 16:7).

Joven, sé valiente. No te importe lo que el mundo dice o piensa: tú no estarás en el mundo siempre. ¿Puede el hombre salvar tu alma? No. ¿Será el hombre tu juez en el gran y temible día de rendir cuentas? No. ¿Puede el hombre dar una conciencia limpia en la vida, una buena esperanza en la muerte, una buena respuesta en la mañana de resurrección? ¡No! ¡No! ¡No! El hombre no puede hacer nada de esto. Entonces, “No temáis afrenta de hombre, ni desmayéis por sus ultrajes. Porque como a vestidura los comerá polilla, como a lana los comerá gusano” (Isaías 51:7, 8). Me viene a la mente el dicho del buen Coronel Gardiner: “Temo a Dios, y por lo tanto no temo a nadie más.” Vé y sé como él.

Tales son las advertencias que te doy. Tómalas en serio. Vale la pena reflexionar en ellas. Me equivoco por mucho si no las necesitas mucho. Quiera el Señor que no te las haya dado en vano.

III. Consejos generales para los jóvenes

En tercer lugar, deseo dar algunos consejos generales a los jóvenes.

1. *Trata de adquirir una visión clara de la maldad del pecado.*

Joven, si supieras qué es el pecado, y lo que el pecado ha hecho, no pensarías que la manera como te exhorto es extraña. No lo ves como verdaderamente es, tus ojos están naturalmente ciegos a su culpa y peligro, y por lo tanto no entiendes por qué insisto tanto contigo. ¡Oh, no dejes que el diablo consiga persuadirte que el pecado es algo sin importancia!

Piensa por un momento *lo que la Biblia dice acerca del pecado*: cómo mora naturalmente en el corazón de todo hombre y mujer (Eclesiastés 7:20 y Romanos 3:23), cómo contamina nuestros pensamientos, palabras y acciones, y lo hace continuamente (Génesis 6:5; Mateo 15:19), cómo nos hace culpables a todos y abominables a los ojos de un Dios santo (Isaías 64:6; Habacuc 1:13), cómo nos deja totalmente sin esperanza de salvación, si tratamos de hacerlo por nuestra propia cuenta (Salmo 143:2; Romanos 3:20), cómo el fruto en este mundo es la vergüenza, y su paga en el mundo venidero es la muerte (Romanos 6:21, 23). Piensa calmadamente en todo esto. Te digo este día, no es más triste estar muriendo de tuberculosis y no saberlo, que ser un hombre vivo, y no saberlo.

Piensa *qué terrible cambio ha obrado el pecado* en la naturaleza de todos nosotros. El hombre ya no es lo que era cuando Dios lo formó del polvo de la tierra. Salió de la mano del Dios recto y sin pecado (Eclesiastés 7:29). En el día de su creación, como todo lo demás, “era bueno” (Génesis 1:31). ¿Y que es el hombre hoy? Una criatura caída, en ruina, un ser

que muestra las marcas de corrupción por todos lados, con su corazón como el de Nabucodonosor, degradado y mundano, mirando hacia abajo y no hacia arriba, sus afectos como una casa desordenada, sin señor, llena de extravagancia y confusión, su entendimiento como una lámpara que se ha aflojado de su casquillo, impotente para guiar, sin distinguir el bien del mal, su voluntad como un barco sin timón, llevado de aquí y para allá por toda suerte de deseos, y constante únicamente en escoger cualquier camino menos el de Dios. ¡Ay, qué ruina es el hombre, comparado a lo que hubiera podido ser! Muy bien entenderemos comparaciones como ceguera, sordera, enfermedad, sueño, muerte, cuando el Espíritu nos muestra lo que es el hombre. Y, recuerda, el hombre es como es, porque el pecado lo hizo así.

Piensa también, *lo que costó la expiación del pecado* y proveer un perdón para los pecadores. El Hijo de Dios tuvo que venir al mundo y tomar nuestra naturaleza, para poder pagar el precio de nuestra redención y librarnos de la maldición de una ley quebrantada. Aquel que era en el principio con el Padre, y por quien todas las cosas fueron hechas, debía sufrir por el pecado, el Justo por el injusto debía morir la muerte del malhechor, antes de que cualquier camino al cielo pudiera ser abierto a cualquier alma. Mira al Señor Jesucristo rechazado y despreciado de los hombres, azotado, injuriado e insultado; obsérvalo sangrando en la Cruz del Calvario; oye su grito de agonía, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Fíjate cómo el sol se oscureció, y las rocas se partieron al verlo; y luego considera, joven, cuánta es la maldad y la culpabilidad del pecado.

También piensa en *lo que ha hecho el pecado* ya sobre la tierra. Piensa en cómo echó del Edén a Adán y Eva, fue el motivo del diluvio que arrasó con el mundo de la antigüedad, causó que descendiera fuego sobre Sodoma y Gomorra, ahogó las huestes del faraón en el Mar Rojo, destruyó las siete naciones malvadas de Canaán y esparció las doce tribus de Israel sobre toda la faz de la tierra. El pecado solo causó todo esto.

Piensa, además, en todo *el sufrimiento y el dolor que el pecado ha causado*, y sigue causando hasta el día de hoy. Dolor, enfermedades y muertes, contiendas, pleitos y divisiones, envidia, celos y malicia, engaños, fraudes y estafas, violencia, opresión y robos, egoísmo, crueldad e ingratitud; todos estos son frutos del pecado. El pecado es el padre de todos ellos. El pecado es lo que ha amargado y echado a perder el rostro de la creación de Dios.

Joven, considera estas cosas, y te darás cuenta por qué predicamos como lo hacemos. De seguro que sin tan sólo pensaras en ellas, romperías con el pecado para siempre, ¿Jugarías con veneno? ¿Bromearías con el infierno? ¿Tomarías una braza encendida en tus manos? ¿Protegerías a tu enemigo mortal en tu seno? ¿Seguirías viviendo como si no te importara para nada si tus pecados son perdonados o no, o si el pecado tiene domi-

nio sobre tí, o tú sobre el pecado? ¡Por favor, despierta y siente la pecaminosidad del pecado y su peligro! Recuerda las palabras de Salomón “Los necios,” nadie más que los necios “se mofan del pecado” (Proverbios 14:9).

Escucha, pues, lo que te pido este día: Ora a Dios pidiéndole que te enseñe la verdadera maldad del pecado. Si quieres salvar tu alma, levántate y ora.

2. Además, ocúpate de conocer a nuestro Señor Jesucristo.

Esto, ciertamente, es lo principal en la religión. Esta es la piedra angular de la cristiandad. Hasta que lo conozcas, mis advertencias y consejos serán inútiles, y tus esfuerzos, cualesquiera que sean, serán en vano. Un reloj sin el muelle mayor es inservible tal como lo es una religión sin Cristo.

Pero no me mal entiendas. No es meramente conocer el nombre de Cristo a lo que me refiero, es conocer su misericordia, gracia, y poder; es conocerle a él no sólo por el oír sino por la experiencia de tu corazón. Quiero que lo conozcas por fe; quiero que, como dice Pablo, conozcas “el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10). Quiero que puedas decir de él, él es mi paz y mi fuerza, mi vida y mi consolación, mi Médico y mi Pastor, mi Salvador y mi Dios.

¿Por qué subrayo tanto esto? Lo hago porque sólo en Cristo habita “toda plenitud” (Colosenses 1:19), porque sólo en él hay provisión plena de todo lo que requerimos para satisfacer las necesidades de nuestra alma. Nosotros solos somos todos pobres, criaturas vacías, vacías de justicia y paz, vacías de fuerzas y consuelo, vacías de valentía y paciencia, vacías del poder para ponernos en pie y seguir adelante, o de progresar en este mundo malo. Es sólo en Cristo que podemos encontrar gracia, paz, sabiduría, rectitud, santificación, y redención. Es sólo en la proporción que vivimos en él que podemos llegar a ser cristianos fuertes. Sólo cuando el yo no es nada y Cristo es el todo de nuestra confianza, lograremos grandes realizaciones. Sólo entonces estaremos armados para la batalla de la vida, y vencerla. Sólo entonces estaremos armados para la jornada cotidiana, y saldremos adelante. Vivir en Cristo, valernos totalmente de Cristo, hacer todo en la fuerza de Cristo, mirar constantemente a Cristo, éste es el verdadero secreto de la prosperidad espiritual. Dice Pablo “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

Joven, te presento hoy a Cristo Jesús como el *tesoro de tu alma*; y te invito a que empieces por acudir a él si quieres correr para llegar a la meta. Deja que este sea tu primer paso: acudir a Cristo. ¿Quieres consultar a tus amigos? Él es el mejor amigo: “Y amigo hay mas unido que un hermano” (Proverbios 18:24). ¿Te sientes indigno por tus pecados? No temas: Su sangre limpia todo pecado. Dice el Señor: “Si vuestros pecados fueren

como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”(Isaías 1:18). ¿Te sientes débil y sin poder para seguirle? No temas: Él te dará el poder para ser hijo de Dios. Él te dará el Santo Espíritu que morará en ti, y te sellará para sí. Te dará un corazón nuevo, pondrá dentro de ti un nuevo espíritu. ¿Estás perturbado o abrumado con males extraños? No temas. No hay espíritu malo que Jesús no pueda echar fuera, no hay enfermedad del alma que no pueda sanar. ¿Tienes dudas o temores? Échalas fuera: “Venid a mí,” dice, “al que a mí viene, no le echo fuera.” Él conoce bien el corazón de cada joven. Conoce tus problemas y tus tentaciones, tus dificultades y tus adversidades. En los días de su carne, Jesús fue como tú, un joven de Nazaret. Conoce por experiencia la mente del joven. Él puede sentir tus males, pues él también sufrió, siendo tentado. Ciertamente no tienes excusa si huyes de un Salvador y Amigo como este.

Escucha el pedido que te hago este día: Si amas la vida, ocúpate de conocer a Cristo Jesús.

3. Nunca olvides que nada es tan importante como tu alma.

Tu alma es eterna. Vivirá para siempre. El mundo y todo lo que hay en él pasarán; no obstante lo firme, sólido, hermoso, tan bien ordenado que es, el mundo llegará a su final. “Y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10). Las obras de los estadistas, escritores, pintores, arquitectos duran poco. Tu alma las sobrevivirá a todas. La voz del ángel proclamará un día cuando “el tiempo no sería más” (Apocalipsis 10:6), pero eso jamás se dirá de tu alma.

Intenta, te ruego, comprender que tu alma es lo único por lo cual vale la pena vivir. Es la parte de ti que siempre debes considerar primero. Ningún lugar, ningún empleo es bueno para ti si lastima el alma. No amigo, ningún compañero merece tu confianza si toma a la ligera las preocupaciones de tu alma. El hombre que daña tu persona, tu propiedad, tu carácter, te hace sólo daño temporal. El enemigo verdadero es el que obra para dañar el alma.

Piensa por un momento por qué fuiste enviado al mundo. No sólo para comer y beber, ni para entregarte a los deseos de la carne, ni sólo para vestir tu cuerpo y darte gustos, sin importar a dónde te lleven, no sólo para trabajar, dormir, reír, hablar, divertirse, y no pensar en ninguna otra cosa más que el presente. ¡No! Fuiste creado para algo más alto y mejor que esto. Fuiste puesto para capacitarte para la eternidad. Tu cuerpo sólo tiene la intención de ser la casa para tu espíritu inmortal. Hacer que tu alma sea el siervo de tu cuerpo es una afrenta a Dios como muchos la hacen, en lugar de hacer que el cuerpo sea el servidor del alma como es el propósito de Dios. Nuestro catecismo empieza con una pregunta y una respuesta: “¿Cuál es el fin principal del hombre?” “Glorificar a Dios y disfrutar plenamente de él para siempre.”

Joven, Dios no hace acepción de personas. No le importa si tienes la mejor ropa, bienes, rango o posición. El no ve con los ojos del hombre. El santo más pobre que haya muerto en un asilo de pobres es más noble en sus ojos que el hombre rico y pecador que haya muerto en un palacio. Dios no ve riquezas, títulos, educación, belleza, ni ninguna cosa semejante. Lo único que Dios ve es el alma inmortal. Mide a cada uno de acuerdo con una sola norma, una medida, una prueba, un criterio que es: *el estado de su alma*.

No te olvides esto. Piensa a la mañana, al mediodía y a la noche en los intereses de tu alma. Levántate cada día deseando hacer lo bueno. Acuéstate cada noche preguntándote si lo lograste. Recuerda a Zeuxis, el ilustre pintor del mundo antiguo. Cuando le preguntaban por qué trabajaba tan intensamente y se esforzaba hasta la exageración para hacer cada cuadro, simplemente contestaba: “Pinto para la eternidad.” No te dé vergüenza ser como él. Pon el alma inmortal delante de los ojos de tu mente y cuando te pregunten por qué vives así, contéstales en el mismo espíritu de él: “Vivo para mi alma.” Créeme, el día viene pronto cuando el alma será lo único en que el hombre pensará, y la única pregunta importante será: “*Mi alma ¿está perdida o salva?*”

4. Recuerda que es posible ser joven y servir a Dios.

Me temo que los lazos de Satán te acechan especialmente porque eres joven. Temo que llene tu mente con la idea equivocada de que es imposible ser un verdadero cristiano en la juventud. He visto a muchos caer en este engaño. He escuchado decir: “Usted espera demasiado cuando exige que el joven sea tan religioso. La juventud no es la etapa para tomar la vida tan en serio. Nuestros deseos son fuertes y nunca ha sido la intención que los reprimamos como usted quiere que lo hagamos. La intención de Dios es que los disfrutemos. Más adelante habrá tiempo para la religión.” Y este tipo de razonamiento encuentra apoyo en el mundo. El mundo está listo para encogerse de hombros ante los pecados juveniles. El mundo parece pensar que es natural que los jóvenes disfruten su juventud. Da por sentado que la gente joven *no es* religiosa, y que no es posible que sigan a Cristo.

Joven, te hago esta simple pregunta: ¿Dónde en la Palabra de Dios dice semejante cosa? ¿Dónde está el capítulo o el versículo de la Biblia que apoye este razonamiento del mundo? ¿Acaso no habla la Biblia a jóvenes y ancianos por igual? ¿No es pecado, el pecado cometido ya sea a los veinticinco años o a los cincuenta? ¿A quién se le podría ocurrir la excusa tonta el Día del Juicio: “Sé que pequé, pero en aquel entonces yo era joven”? Muestra tu sentido común, te lo ruego, y déjate de excusas vanas. Tú eres responsable ante Dios, y tienes que rendirle cuentas de tu conducta desde el momento mismo que pudiste discernir entre el bien y el mal.

Sé bien que hay muchas dificultades en el camino del joven, lo admito completamente. Pero siempre hay dificultades en el camino de hacer el bien. La senda al cielo siempre es estrecha, seamos jóvenes o viejos. Hay dificultades, pero Dios te dará gracia para vencerlas. Dios no es un amo enérgico. El no hará como el faraón que exigía que los esclavos hicieran ladrillos con paja sin haber paja. El se encargará de que el camino del deber nunca sea imposible. Nunca dio mandamientos al ser humano sin darle el poder para cumplirlos.

Hay dificultades, pero muchos hombres jóvenes las vencieron, y tú también debes vencerlas. Moisés fue un joven con pasiones como las tuyas, pero veamos lo que las Escrituras dicen de él: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija del Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Hebreos 11:24-26). Daniel era joven cuando empezó a servir a Dios en Babilonia donde estaba rodeado de tentaciones de todo tipo. Tenía pocos de su lado y muchos en contra. Sin embargo la vida de Daniel fue tan pura y consecuente que aun sus enemigos no pudieron hallar culpa en él, excepto “en relación con la ley de su Dios” (Daniel 6:5). Y estos no son casos solitarios. Hay una nube de testigos que podría nombrar. Pero me falta el tiempo para contarte del joven Isaac, el joven José, el joven Josué, el joven Samuel, el joven David, el joven Salomón, el joven Abisai, el joven Abdías, el joven Josías y el joven Timoteo. Estos no fueron ángeles sino hombres con corazones como el tuyo. Ellos también enfrentaron obstáculos con los cuales tuvieron que luchar, deseos que controlar, tentaciones que sufrir, responsabilidades difíciles de cumplir, como cualquier joven. Pero siendo lo jóvenes que eran, a todos les fue posible servir a Dios. ¿Acaso no se levantarán en juicio y te condenarán si persistes en decir que es imposible hacerlo?

Joven, *esfuérzate* por servir a Dios. Resiste al diablo cuando susurra diciendo que es imposible. Inténtalo, y el Señor Dios de las promesas te dará fuerzas en tus intentos. A él le encanta ir al encuentro de los que se esfuerzan por acercarse a él. Él se acercará a ti y te dará el poder que sientes que necesitas. Sé como el hombre que el Peregrino, en el libro de Bunyan, vio en la casa del Intérprete, sé claro al decir, “Asienta mi nombre.” Las siguientes palabras de nuestro Señor son verdad, aunque frecuentemente las oigo repetidas por los duros de corazón: “Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7). Las dificultades que parecen montañas se derretirán como la nieve en la primavera. Los obstáculos que parecían gigantes en la distancia se achicarán hasta convertirse en nada cuando los encares. Verás que el león que temías en el camino resultará estar encadenado. Si los hombres creyesen más en las promesas, nunca le tendrían miedo a lo que tienen que enfrentar. Pero

recuerda mi pequeño consejo, y cuando Satanás diga: “No puedes ser cristiano mientras eres joven,” contéstale, “Vete, Satanás; con la ayuda de Dios *lo intentaré*.”

5. *Determina que la Biblia será tu guía y consejera toda tu vida.*

La Biblia es la providencia misericordiosa de Dios para el alma del pecador, el mapa que tiene que usar para elegir el rumbo de su vida si quiere alcanzar la vida eterna. Contiene una abundancia de todo lo que necesitamos saber para tener paz, santidad y felicidad. El joven que quiera empezar su vida bien, escuche lo que dijo David: “¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Salmo 119:9).

Joven, te encomiendo que te acostumbres a leer la Biblia, y no dejes esa costumbre. No dejes que la risa de los compañeros, ni las costumbres malas de la familia con que vives, te impida hacerlo. Determina no sólo que *tendrás* una Biblia, sino que también te tomarás el tiempo para *leerla*. No dejes que nadie te persuada que es sólo un libro para los ancianos y las ancianas de la escuela dominical. Es el libro del cual el rey David obtuvo sabiduría y entendimiento. Es el libro que el joven Timoteo conoció desde su niñez. Nunca te dé vergüenza leerla. No menosprecies la palabra (Proverbios 13:13).

Léela *con un espíritu de oración* para que la gracia del Espíritu te haga entenderla. El obispo Beveridge dice bien: “Sería más fácil que uno leyera las letras de las Escrituras sin ojos, que entender sin su gracia el espíritu de esas letras”.

Léela *reverentemente*, como la Palabra de Dios, y no la del hombre, creyendo implícitamente que lo que aprueba es correcto, y lo que condena es malo. Puedes estar seguro de que cualquier doctrina que no pasa la prueba de las Escrituras es falsa. Esto te ayudará a no ser llevado de aquí para allá por las peligrosas opiniones de estos últimos días. Puedes estar muy seguro de que cualquier *práctica* en tu vida que es contraria a las Escrituras, es pecaminosa y debes renunciar a ella. Esto contestará muchas preguntas de tu conciencia y aclarará muchas de tus dudas. Recuerda con qué actitud tan diferente leían dos reyes de Judá la Palabra de Dios: El rey Joacim ordenó que se la leyeran y en cuanto le habían “leído tres o cuatro planas, lo rasgó el rey con un cortaplumas de escriba, y lo echó en el fuego que había en el brasero” (Jeremías 36:23). ¿Y por qué? Porque su corazón se rebeló contra ella, y estaba resuelto a no obedecerla. El rey Josías la leyó, y al momento rasgó sus vestidos y clamó al Señor (2 Crónicas 34:19). ¿Y por qué? Porque su corazón fue dócil y obediente. Estaba listo para hacer cualquier cosa que la Palabra de Dios le mostrara que debía hacer. ¡Ojalá hagas lo que hizo Josías y no lo que hizo Joacim!

Y *léela regularmente*. Esta es la única forma de hacerte “fuerte en las Escrituras.” Un vistazo aquí y allá en la Biblia de cuando en cuando muy poco bien hace. De esa manera nunca te familiarizarás con los tesoros que

se encuentran en ella, ni tampoco sentirás la espada del Espíritu en tu mano en la hora de conflicto. Pero si llenas tu mente con las Escrituras, como resultado de leerlas diligentemente, muy pronto descubrirás su valor y su poder. Pensarás en los versículos apropiados en el momento de tentación. Los mandamientos te vendrán a la mente en temporadas de dudas. Recordarás las promesas en tiempos de desaliento. Y experimentarás de este modo la verdad de las palabras de David: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11), y las de Salomón: “Te guiarán cuando andes; cuando duermas te guardarán; hablarán contigo cuando despiertes” (Proverbios 6:22).

Me detengo más en estas cosas porque en esta época se lee mucho. Se publican muchos libros, aunque muy pocos de ellos son realmente provechosos. Parece haber una pasión por la literatura barata. Abundan los periódicos de todo tipo, y el tono de algunos de los de mayor circulación muestra el mal gusto de esta época. En medio del peligroso diluvio de lecturas peligrosas, yo defiendo el libro de mi Señor, y te insto a no olvidar el libro del alma. No dejes que los periódicos, las novelas y las lecturas románticas dominen tus horas de lecturas mientras los profetas y apóstoles yacen olvidados. No dejes que lo excitante y licencioso acapare tu atención, mientras que lo que edifica y santifica no encuentra lugar en tu mente.

Joven, da a la Biblia el honor debido cada día de tu vida. Y sea lo que fuere que lees, lee la Biblia primero. También ten cuidado de los malos libros. Hay muchos en la actualidad. Cuidado con lo que lees. Sospecho que de esta manera las almas sufren más daño de lo que se imagina posible la gente. Adjúdica un valor a los libros según la proporción en que coinciden con las Escrituras. Los que más coinciden con ella son los mejores, y los que menos coinciden con ella, y son contrarios a ella, son los peores.

6. Nunca te hagas muy amigo de alguien que no es amigo de Dios.

Entiéndeme, no estoy hablando de *conocidos*. No estoy diciendo que no debes tener nada que ver con alguien que no es un verdadero cristiano. Tomar tal postura no es posible ni deseable en este mundo. Ser cristiano no requiere que nadie sea descortés.

Pero sí te aconsejo que tengas mucho cuidado cómo escoges tus *amigos*. No brindes tu amistad a alguien sólo porque es inteligente, agradable, de buena casta, popular y bondadoso. Todas estas cosas serán muy buenas, pero no lo es todo. Nunca te satisfagas con la amistad de alguien que no es útil a tu alma.

Créeme, no subestimes la importancia de este consejo. Es imposible decir los daños causados por andar con compañeros y amigos inconversos. El diablo tiene pocas cosas mejores que esto para arruinar el alma del hombre. Dale esta ayuda, y le importará muy poco qué otra armadura tie-

nes para protegerte contra él. Satanás sabe muy bien que tu buena educación, tu buena moralidad, los sermones, los libros, tu hogar cristiano, las cartas de tus padres, de poco te valdrán si te juntas con amigos inconversos. Puede que resistas muchas tentaciones directas, que no caigas en trampas comunes, pero empieza a andar con malas compañías, y con esto, él quedará satisfecho. 2 Samuel 13 contiene la horrible y malvada conducta del príncipe Amnón con Tamar, y encontramos al principio del relato estas palabras: “Y Amnón tenía un amigo que se llamaba Jonadab... hombre muy astuto” (2 Samuel 13:3).

Recuerda que todos somos criaturas que imitamos: el precepto podrá enseñarnos, pero es el ejemplo lo que seguimos. Esto se aplica a todos nosotros. Siempre estamos dispuestos a adoptar los modos o las costumbres de aquellos con quienes vivimos, y cuanto más los queremos, más dispuestos estamos. Sin que nos demos cuenta, influyen sobre nuestros gustos y opiniones. Gradualmente abandonamos lo que a ellos no les gusta y adoptamos lo que a ellos les gusta, para quedar bien con ellos. Y lo peor de todo es que adoptamos sus malas costumbres mucho más pronto que sus costumbres buenas y sanas. La salud, desgraciadamente, no es contagiosa, pero muchas enfermedades lo son. Es mucho más fácil contagiarnos un resfrío que contagiarle a otro felicidad. Y de la misma manera, es más fácil debilitar la fe de alguno con nuestra actitud que hacerla crecer.

Joven, te pido que atiendas mi consejo. Antes de dejar que alguien sea tu constante compañero, antes de que te acostumbres a contarle todo, a recurrir a él con todos tus problemas y todas tus alegrías, piensa en lo que he estado diciendo. Y pregúntate: “¿Será ésta una amistad provechosa para mí o no?”

“No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres” (1 Corintios 15:33). Quisiera que este texto estuviera escrito en tu corazón con la misma claridad con que está escrita en la Biblia.. Los buenos amigos son una de nuestras más grande bendiciones. Pueden impedirnos que caigamos en muchos males, impulsarnos en nuestro curso, dar un consejo en el momento preciso, impulsarnos hacia arriba y adelante. Pero un mal amigo es positivamente una mala influencia, un peso que continuamente nos jala hacia abajo, y nos encadena a este mundo. Frecuenta la compañía de alguien que no es del Señor, y lo más probable es que terminarás como él. Esa es la consecuencia general de tales amistades. Los buenos descienden al nivel de los malos, pero los malos no suben al nivel de los buenos. Aun una piedra se rompe con un continuo goteo de agua. El conocido proverbio dice la verdad: “Dime con quién andas y te diré quién eres.”

Enfatizo mucho este punto porque tiene que ver, más de lo que parece a primera vista, con tus perspectivas en la vida. Si te casas, es más probable que escojas una mujer entre las conocidas por los amigos con quienes

andas. Si Jeroboam, hijo de Josafat, no hubiera entablado una amistad con la familia de Acab, lo más seguro es que no se hubiera casado con la hija de Acab. ¿Y quien puede estimar la importancia de escoger correctamente nuestra pareja matrimonial? Es un paso que según un dicho antiguo: “O hace al hombre o lo deshace.” Tu felicidad en esta vida y la siguiente puede depender de ello. Tu esposa ayuda a tu alma o la daña: no hay una opción intermedia. Avivará la llama de la religión en tu corazón, o aventará agua helada en esa llama y la apagará. Ella será alas o cadenas, las riendas o las espuelas a tu cristiandad, según sea su carácter. Aquel que encuentra una buena esposa “encuentra verdaderamente cosa buena,” pero si quieres encontrar una buena, ten cuidado cómo escoges tus amigos.

¿Me preguntas qué clase de amigos debes escoger? Escoge amigos que beneficien tu alma, amigos que realmente puedas respetar, amigos que quisieras tener junto a ti en tu lecho de muerte, amigos que viven la Biblia y no tienen miedo de hablar de ella contigo, amigos de los cuales no te avergonzarás cuando venga Cristo, y llegue el Día del Juicio. Sigue el ejemplo que el salmista te muestra cuando dice: “Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan tus mandamientos” (Salmo 119:63). Y recuerda las palabras de Salomón: “El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado” (Proverbios 13:20). Dalo por hecho que andar en malas compañías en tu vida ahora es la manera segura de conseguir peores compañías en la vida venidera.

IV. Reglas especiales para los jóvenes

En último lugar, presentaré algunas reglas de conducta específicas que aconsejo firmemente sigan los jóvenes.

1. Resuelve de inmediato que, con la ayuda de Dios, renunciarás a todos y a cada uno de tus pecados de los que tienes conciencia por más pequeños que sean.

Analiza tu interior. Examina tu propio corazón. ¿Ves allí algún hábito o costumbre que sabes que es malo a la vista de Dios? Y si lo ves, no demores ni un momento en atacarlo. Resuelve inmediatamente dejarlo a un lado.

Nada oscurece tanto los ojos de la mente, y endurece tanto la conciencia, como un *pecado que uno se permite*. Quizá sea muy pequeño, pero eso no lo hace menos peligroso. Un agujerito hundirá todo un gran barco, y una chispa pequeña encenderá un gran incendio. De la misma manera, un pequeño pecado que uno se permite arruinará un alma inmortal. Sigue mi consejo, y nunca aceptes un pecado pequeño. Dios mandó a Israel que matasen a todos los cananeos, tanto los grandes como los chicos. Actúa bajo el mismo principio, y no le muestres misericordia a un

pecado pequeño. Bien dice el libro de los Cantares: “Cazadnos las zorras, las zorras *pequeñas*, que echan a perder las viñas” (Cantares 2:15).

Puedes estar seguro de que ningún hombre perverso, quiso ser tan perverso al principio. Pero empezó permitiéndose una *pequeña* transgresión que lo llevó a una más grande, y esa a su tiempo produjo otra aún más grande, y por fin terminó siendo el miserable que ahora es. Cuando Hazael escuchó de boca de Elías los horrible actos que cometería en el futuro, le respondió con asombro: “¿Qué es tu siervo, este perro, para que haga tan grandes cosas?” (2 Reyes 8:13). Pero dejó que el pecado se arraigara en su corazón, y al final hizo todas las cosas que Elías había predicho.

Joven, resiste el pecado en sus comienzos. Tal vez parezca pequeño e insignificante, pero haz caso de lo que digo: No lo aceptes, no dejes que more quieta y tranquila en tu corazón. “La madre de las travesuras,” dice un antiguo proverbio, “no es más grande que el ala de un mosquito.” No hay nada más minúsculo que la punta de una aguja pero cuando hace su agujero en la tela, se lleva detrás de ella todo el hilo. Recuerda las palabras del Apóstol, “un poco de levadura leuda toda la masa” (1 Corintios 5:6).

Muchos jóvenes podrían decirte con tristeza y vergüenza que pueden rastrear su ruina de todos sus sueños del futuro al punto del cual te hablo, el de darle paso al pecado en sus comienzos. Comenzaron teniendo hábitos de falsedad, y deshonestidad en las cosas pequeñas que se arraigaron en ellos. Paso a paso, fueron de mal en peor, hasta que hicieron cosas que antes no hubieran creído posible, hasta que al fin perdieron su lugar, perdieron su integridad, perdieron su consuelo, y casi perdieron su alma. Permitieron una ranura en la pared de su conciencia, porque parecía muy pequeña, y cuando la permitieron, esa ranura se fue haciendo más grande cada día, hasta que, a la larga, se desplomó toda la pared.

Recuerda esto especialmente en lo que concierne a la *verdad y honestidad*. Sé consciente de las cosas minúsculas. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel” (Lucas 16:10). No importa lo que diga el mundo, la realidad es que no hay pecados pequeños. Todo gran edificio consiste de partes pequeñas; la primera piedra es tan importante como todas las demás. Todos los hábitos se forman con una secuencia de actos más pequeños y el primer acto pequeño tiene tremenda consecuencias. El hacha de la fábula le rogó a los árboles que sólo la dejaran cortar un trozo pequeño de madera para hacerse un mango. Y prometió nunca más molestarlos. La dejaron hacerlo, y muy pronto los cortó a todos. El mal sólo quiere que lo dejes introducir en tu corazón el gajito de pecado pequeñito, y, si se lo permites, muy pronto serás todo suyo. Es un dicho muy sabio el de William Bridge: “No hay nada pequeño entre nosotros y Dios, porque Dios es un Dios infinito.”

Hay dos maneras de bajar de la cúpula de una iglesia; una es de un salto, y la otra es bajar por los escalones: pero ambas te llevarán abajo. Así también hay dos maneras de ir al infierno; uno es caminar hacia él con los ojos abiertos, y muy pocos hacen eso; el otro es bajar por los escalones de pequeños pecados, y me temo que esta manera es muy común. Empieza con unos cuantos pecaditos, y muy pronto querrás más. Aun el pagano Juvenal reconocía: “¿Quién se ha conformado jamás con solo un pecado?” Y siendo así, si vas por ese rumbo, irás de mal en peor. Bien describió Jeremy Taylor el progreso del pecado en el hombre: “Primero lo asusta, después le resulta placentero, después fácil, y luego deleitoso, luego frecuente, después habitual, y finalmente ¡confirmado! Después el hombre es impenitente, después obstinado, luego resuelve nunca arrepentirse, y finalmente es condenado.”

Joven, para no llegar a esto, recuerda la regla que te doy este día: Resuelve de inmediato renunciar a cada uno de los pecados que conoces en ti.

2. Resuelve que, con la ayuda de Dios, evitarás todo lo que pueda ser ocasión para pecar.

Es un excelente dicho el del buen Obispo Hall: “Aquel que quiere estar a salvo de hacer el mal, para evitarlo, debe mantenerse a mucha distancia de las ocasiones que lo pueden hacer caer.” Hay una antigua fábula de una mariposa que le preguntó al búho cómo podía estar a salvo del fuego que había chamuscado sus alas. El búho, como respuesta, la aconsejó que ni siquiera mirara su humo.

No es suficiente que determinemos no cometer pecado, debemos cuidadosamente mantenernos a una buena distancia de todo lo que nos podría aproximar a él. Usando esta prueba tenemos que juzgar cómo usamos nuestro tiempo: los libros que leemos, las familias que visitamos, la compañía que mantenemos. No nos debemos contentar con decir: “No hay nada realmente malo en esto.” Debemos ir más allá y decir: “¿Hay algo en esto que pueda hacerme pecar?”

Recuerda bien que por esto, el *ocio* debe ser evitado. No es que el no hacer nada sea en sí tan perverso, sino que brinda la oportunidad para pensar pensamientos malos y fantasías vanas, es la puerta abierta para que el diablo entre y quite la buena semilla. Esto es lo que debes temer. Si David no hubiera dado ocasión al diablo por estar de ocioso en su terraza en Jerusalén, probablemente nunca hubiera visto a Betsabé, ni hubiera hecho matar a Urías.

Es por esto, también, que las *diversiones mundanas* son tan censurables. Puede ser dificultoso, en ciertos casos, demostrar que son, en sí mismas, realmente incorrectas y contrarias a lo que enseña la Biblia. Pero no es dificultoso demostrar que la *tendencia* de casi todas es muy dañina para el alma. Siembran las semillas de una mentalidad mundana y sensual. Son

totalmente contrarias a la vida de fe. Promueven una obsesión malsana y antinatural por lo que sea excitante. Alimentan la lascivia de la carne, la lascivia de los ojos y la vanidad. Oscurecen la vista del cielo y de la eternidad, y le dan un color falso a las cosas del tiempo. Indisponen el corazón contra la oración personal y la lectura de la Biblia, y apagan la comunión con Dios. El que se mezcla con ellas da a Satanás la ventaja. Cada uno tiene una batalla que pelear, y si le da al enemigo la ventaja del sol, el viento a favor y el terreno, sería verdaderamente raro si no fuera continuamente vencido.

Joven, esfuérzate en todo lo que de ti dependa para mantenerte alejado de todo lo que pudiera ser perjudicial para tu alma. Nunca ayudes al diablo. Las gentes podrán decir que eres demasiado escrupuloso, demasiado exigente, te preguntarán que qué tiene de malo tal o cual cosa. Pero no les escuches. Es peligroso andar jugando con herramientas filosas, pero más peligroso aún es andar jugando con tu alma inmortal. El que quiere estar a salvo no debe jugar con el peligro. Debe considerar su corazón como el cartucho de pólvora, y tener cautela de no acercarse a ninguna chispa de tentación que le sea posible evitar.

¿De qué vale orar, “no nos dejes caer en tentación,” si tú mismo no te cuidas de no correr a ella; y orar “guárdanos del mal,” si no muestras el deseo de mantenerte fuera de su camino? Sigue el ejemplo de José. No sólo rechazó las invitaciones indecentes de su ama, sino que mostró prudencia en rehusar de plano “estar con ella” (Génesis 39:10). Apégate al consejo de Salomón, no sólo de no ir “por la vereda de los impíos” sino que “déjala, no pases por ella; apártate de ella, pasa” (Proverbios 4:14, 15). No meramente no seas borracho sino que “no mires al vino cuando rojea” (Proverbios 23:31). Los hombres que tomaban voto nazareno en Israel no sólo no tomaban vino sino que se abstenían de las uvas. Hay que vivir “aborreciendo lo malo,” dice Pablo a los Romanos (Romanos 12:9). No meramente que no hagas lo malo, “*huye también de las pasiones juveniles*” escribe a Timoteo: aléjate de ellas lo más lejos posible (2 Timoteo 2:22) ¡Ay, qué necesarias son tales advertencias! Dina tuvo que salir entre los perversos siquemitas para comprobar los malos caminos de ellos, y, por hacerlo, perdió su integridad. Lot tuvo que tender sus tiendas cerca de la pecaminosa Sodoma, y terminó perdiendo todo menos su vida.

Joven, sé sabio a tiempo. No intentes siempre ver lo cerca al enemigo que tu alma pueda estar, y todavía escapar de él. Mantenlo lejos. Esfuérzate por mantenerte lo más lejos posible de la tentación, y esto será una gran ayuda para mantenerte limpio de pecado.

3. Además, resuelve nunca olvidar la omnipresencia de Dios.

¡Dios te ve! En todos lados: en cada casa, en cada prado, en cada cuarto, en cada compañía, solo o con una multitud, la vista de Dios siempre esta puesta en ti. “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a

los malos y a los buenos” (Proverbios 15:3). Y son ojos que ven los corazones así como también las acciones.

Esfuézate, te lo ruego, a comprender esta realidad. Reconoce que estás tratando con un Dios que todo lo ve, un Dios que nunca cabecea ni duerme, un Dios que entiende tus pensamientos mucho antes que tú, y con quien la noche brilla como el día. Podrás dejar la casa de tu padre e irte, como el hijo prodigo, a un país lejano, y creer que nadie ve tu conducta; pero la mirada y el oído de Dios están allí antes que tú. Podrás engañar a tus padres o patrones; podrás decirles mentiras, y aparentar ser alguien delante de ellos, y ser otro a sus espaldas, pero no puedes engañar a Dios. Él te conoce totalmente. Escuchó lo que dijiste cuando venías aquí hoy. Sabe lo que estás pensando en este minuto. Ha tomado lo más secreto de tu pecado, lo ha expuesto a la luz de su rostro, y, si no te arrepientes, un día será expuesto ante el mundo para tu vergüenza.

¡Qué poco se siente realmente esto! ¡Cuántas cosas hace el hombre continuamente que no haría si pensara que lo están viendo! ¡Cuántas cosas se maquinan en los oscuros rincones de la imaginación, las cuales nunca soportarían la luz del día! Sí, los hombres tienen pensamientos en privado y hablan en privado y cometen acciones en privado, que los harían avergonzar y sonrojar si se expusieran ante el mundo. El sonido de pasos cercanos ha detenido a muchos de realizar actos de maldad. Un tocar a la puerta ha causado que muchas obras perversas sean apresuradamente suspendidas, y rápidamente puestas a un lado. ¡Pero que miserable insensatez es todo esto! Hay un Testigo que todo lo ve donde quiera que vayamos. Ponle candado a la puerta, cierra las cortinas, apaga la luz; no importa, es lo mismo. Dios está en todas partes. No puedes dejarlo afuera, ni impedir que vea. “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). El joven José sabía bien esto cuando su patrona quiso tentarlo. No había nadie en la casa que los viera, ningún testigo que pudiera delatarlo, pero José vivía consciente de aquel que es invisible. “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal,” dijo él, “y pecaría contra Dios?” (Génesis 39:9).

Joven, te pido que leas el Salmo 139, y te aconsejo a ti y a todos los jóvenes que lo memoricen. Úsalo como la prueba para todos tus tratos en este mundo: pregúntate a ti mismo frecuentemente: “¿Recuerdo que Dios me ve?”

Vive sabiendo que estás a la vista de Dios. Esto es lo que Abraham hizo, caminó *delante* de él. Esto es lo que Enoc hizo, caminó *con* él. Esto es lo que será en el cielo, la eterna presencia de Dios. No *hagas* nada que no quieras que vea Dios. No *digas* nada que no quieras que oiga Dios. No *escribas* nada que no quieras que Dios lea. No vayas a ningún lado donde no te gustaría que Dios te encontrara. No *leas* ningún libro que no te gus-

taría que Dios te dijera: “Muéstramelo.” Nunca pases tu tiempo de tal manera que no te gustaría que Dios te preguntara: “¿Qué estás haciendo?”

4. *Sé diligente en el uso de todos los medios públicos de gracia.*

Con esto me refiero a que asistas regularmente a la casa de Dios cuando está abierta para la oración y la predicación, y siempre que te sea posible asistir. Sé consecuente en mantener santo el día del Señor, y determina que el día que le pertenece a Dios entre los siete de la semana, será de aquí en adelante dado a su legítimo dueño.

No quiero dejar una falsa impresión en tu mente. No te retires diciendo que dije que ir a los cultos es el todo de la religión. Yo no digo tal cosa. No tengo ningún deseo de verte crecer formalista y fariseo. Si crees que el mero hecho de llevar tu cuerpo a cierta casa, a cierta hora, cierto día de la semana, te hará cristiano, y que te preparará para encontrarte con Dios, te digo de plano que te engañas miserablemente. Todos los cultos sin que el corazón rinda culto a Dios son sin provecho y vanos. Sólo son verdaderos adoradores aquellos que “adoran al Padre en espíritu y en verdad” (Juan 4:23).

Pero los medios de gracia no deben ser despreciados porque no salven. El oro no es comida, no lo puedes comer, pero no por eso dirás que no sirve, y lo echarás a la basura. El bienestar de tu alma eterna ciertamente no depende de los medios de gracia, pero es cierto y seguro que, por lo general, sin ellos tu alma no andrà bien. Dios *podría* llevar al cielo en un carro de fuego a todos aquellos quienes son salvos, como lo hizo con Elías, pero no lo hace. *Podría* enseñarnos a todos por visiones, sueños e intervenciones milagrosas, sin requerir que leamos o pensemos por nosotros mismos, pero no lo hace. ¿Y por qué no? Porque es un Dios que obra por sus medios, y es su ley y voluntad que en todos los tratos del hombre con él, se usen los medios de gracia. Sólo un necio o un aficionado pensaría en construir una casa sin usar escaleras o andamios, y de igual manera, ningún hombre sabio despreciará los medios públicos de gracia.

Me detengo más en este punto porque Satanás se esforzará intensamente por llenar tu mente con argumentos en contra de los medios de gracia. Te hará pensar en el número de personas que los usan y no son mejores por ello. “Mira eso,” susurrará, “¿acaso no observas que los que van a la iglesia no son mejores que los que no van?” Pero no dejes que esto influya sobre ti. Nunca es justo discutir en contra de algo porque sea usado incorrectamente. No se puede decir que los medios de gracia no hagan bien porque muchos los atienden y no sacan ningún provecho de ellos. Un medicamento no puede ser despreciado porque algunos lo toman y no se recuperan. Nadie pensaría en dejar de comer porque algunos escogen comer y beber impropriamente, y, como resultado, se enferman. El valor de los medios de gracia, como otras cosas, depende mucho del espíritu con que los usamos.

Me detengo también en este punto, por la fuerte preocupación que siento que cada joven escuche regularmente la predicación del evangelio de Cristo. No tengo palabras para decirte lo importante que creo que esto es. Por la bendición de Dios, el ministerio del evangelio puede ser el medio de convertir tu alma, de guiarte al conocimiento salvador de Cristo, de hacerte un hijo de Dios de hecho y en verdad. Esto sería realmente motivo de eterno agradecimiento. Esto sería un acontecimiento del cual los ángeles se regocijarían. Pero aun si éste no fuera el caso, hay una influencia y un poder *restrictivos* en el ministerio del evangelio, bajo los cuales deseo fervorosamente que cada joven viva. Hay miles que han sido guardados del mal, aunque no los ha vuelto hacia Dios. La predicación del evangelio los ha hecho mucho mejores miembros de la sociedad, aunque todavía no los ha hecho verdaderos cristianos. Hay un cierto tipo de poder misterioso en la predicación fiel del evangelio que actúa inconscientemente en las multitudes que escuchan, sin recibirlo en sus corazones. Escuchar la condenación del pecado y la proclamación de la santidad; escuchar que se exalta a Cristo y que se denuncian las obras del diablo; escuchar la descripción del reino de los cielos y sus bendiciones y la de la vaciedad del mundo; escuchar esto semana tras semana, domingo tras domingo, rara vez deja de tener un efecto positivo sobre el alma. Se hace mucho más difícil después darse a cualquier exceso o libertinaje. Actúa como un control saludable en el corazón del hombre. Esto, yo creo, es un modo como la promesa de Dios se cumple: “Así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mi vacía,” (Isaías 55:11). Hay mucha verdad en el fuerte dicho de Whitefield: “El evangelio previene que muchos lleguen a la cárcel y a la horca, si es que no previene que lleguen al infierno”.

Quiero aquí mencionar otro punto muy relacionado con este tema. No dejes que nada te tiente a no observar el día de reposo. Te lo subrayo para que no lo olvides. Dedicar conscientemente todo el día del Señor a Dios. Va aumentando un espíritu de no tener en cuenta este día santo, y sobre todo entre los jóvenes. Pasear, ir de visitas los domingos, hacer excursiones domingueras es cada vez más común y está haciendo un daño infinito a las almas.

Joven, sé celoso de este punto. Ya sea que vives en la ciudad o el campo, sé firme; resuelve no profanar el día del Señor. No dejes que el argumento lógico de que es “necesario relajar tu cuerpo,” no dejes que el ejemplo de todos los que te rodean, no dejes que la invitación de tus amigos, no dejes que nada de esto te lleve a no cumplir esta regla establecida: que *el día del Señor será dado a Dios*.

Si dejas de cuidar el día del Señor, al final dejarás de cuidar tu alma. Los pasos que llevan a esta conclusión son fáciles y regulares. Empieza por no honrar el día de Dios, y muy pronto dejarás de honrar la casa de Dios; deja de honrar la casa de Dios, y pronto dejarás de honrar el libro de Dios; deja de honrar el libro de Dios, y pronto dejarás de honrar a Dios en

todo. Cuando alguien pone el fundamento de *no tener domingo*, no nos sorprenda que termine con una lápida que diga *No tenía Dios*. Es interesante la observación acerca del Juez Hale: “De todas las personas convictas de un crimen capital cuando era juez, encontré sólo unos pocos que, al preguntarles, no admitían que habían empezado su carrera de iniquidad descuidando el día del Señor”.

Joven, quizás andes entre compañeros quienes olvidan el honor que se merece el día del Señor; pero tú, determina, con la ayuda de Dios, que siempre lo recordarás para santificarlo. Hónralo asistiendo regularmente a un lugar donde se predique el evangelio. Establécete bajo un fiel ministerio, y cuando lo hayas hecho, nunca dejes que tu lugar en la iglesia esté vacío. Créeme, si así lo haces, descubrirás que serás objeto constante de una bendición especial: “Si retrajerés del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra” (Isaías 58:13, 14). Y una cosa es muy segura, tu sentir en cuanto al día del Señor siempre será una prueba y un criterio para determinar tu aptitud para el cielo. Los domingos son una muestra o un fragmento del cielo. El que los encuentra gravosos y no un privilegio puede estar seguro de que su corazón necesita un poderoso cambio.

5. Determina que no importa donde te encuentres, vas a orar.

La oración es el aliento mismo de la vida del alma del hombre. Sin ella, aunque creamos tener vida y nos contamos entre los cristianos, estamos muertos en la vista de Dios. Sentir que tenemos que implorar a Dios misericordia y paz es una señal de gracia. Y el hábito de presentarle los anhelos de nuestra alma es evidencia de que contamos con el Espíritu de adopción. Y la oración es la manera establecida para satisfacer nuestras necesidades espirituales. Abre la fuente de riquezas y haz que fluyan. Si no tenemos, es por que no pedimos.

La oración es la manera de conseguir el derramamiento del Espíritu en nuestro corazón. Jesús ha prometido el Santo Espíritu, el Consolador. Él está listo para descender con todos sus regalos preciosos, a renovar, santificar, purificar, fortalecer, animar, alentar, iluminar, enseñar, dirigir, guiar a toda verdad. Pero espera que se los pidamos.

Y aquí, lo digo con tristeza, es donde los hombres quedan tan cortos. Encontramos muy pocos que verdaderamente oran: muchos doblan sus rodillas, y quizás digan oraciones memorizadas, pero pocos son los que oran, pocos los que claman a Dios, pocos los que buscan y quieren encontrar, pocos los que ruegan como si tuvieran hambre y sed, pocos los que luchan, pocos los que perseveran pidiendo intensamente a Dios una respuesta, pocos los que no lo dejan descansar, pocos los que continúan oran-

do, pocos los que hacen guardia por medio de la oración, pocos los que oran sin cesar, y no desmayan. ¡Sí, pocos oran! Es una de esas cosas que se da por sentado, pero muy rara vez se practica. Algo que concierne a todos, pero de hecho nadie la lleva a cabo.

Joven, créeme, si tu alma va a ser salva, debes orar. Dios no tiene hijos tontos. Si vas a resistir el mundo, la carne y el diablo, tienes que orar. En vano buscarás fuerza en la hora de la prueba, si no la has buscado ya. Quizás te veas obligado a estar entre los que nunca lo hacen; quizás tienes que dormir en el mismo cuarto con alguien que nunca le pide nada de Dios; pero, sea como fuere, sigue mi consejo: tú tienes que orar.

Sé que puedes tener problemas para hacerlo: dificultades en relación con la oportunidad, el momento y el lugar donde orar. Y no me atrevo a ponerte reglas positivas en detalles como estos. Lo dejo a tu propio criterio. Debes ser guiado por las circunstancias. Nuestro Señor Jesús Cristo oró en una montaña. Isaac oraba en los campos. Ezequías volvía su rostro a la pared cuando se acostaba en su cama. Daniel oraba a la orilla de un río. Pedro, el apóstol, en el tejado. He sabido de jóvenes que oran en establos y en los fardos de heno. Lo único que te insto es esto: tú tienes que saber qué es “entrar a tu aposento” (Mateo 6:6). Debes tener un momento establecido para hablar con Dios cara a cara. Debes tener cada día tus momentos de oración. *Tienes que orar.*

Sin esto, todo consejo y advertencia es inútil. Esta es la pieza de armadura espiritual que Pablo menciona último en su lista en Efesios 6, pero en verdad es la primera en valor e importancia. Es esta la carne que debes comer diariamente, si es que vas a viajar seguro por el desierto de la vida. Es sólo con el poder de la oración que proseguirás hacia el monte de Dios. He escuchado decir que los fabricantes que afilan las agujas en Sheffield a veces usan una pieza magnética en la boca mientras trabajan, la cual atrapa toda las partículas finitas que vuelan a su alrededor, y previene que entren en sus pulmones, salvando, de este modo, sus vidas. La oración es esa pieza magnética en la boca que debes usar continuamente, para estar a salvo en el ambiente contaminado de este mundo pecaminoso. *Tienes que orar.*

Joven, puedes estar seguro de que no hay mejor manera de usar el tiempo que de rodillas. Haz tiempo para esto, no importa qué empleo tengas. Piensa en lo que dijo David, el rey de Israel: “Tarde y mañana y a medio día oraré y clamaré; y el oír mi voz” (Salmo 55:17). Piensa en Daniel. Tenía toda la administración del reino en sus manos, y, sin embargo, oraba tres veces al día. Allí radicaba el secreto de su seguridad en la malvada Babilonia. Piensa en Salomón. Empezó su reinado con una oración pidiendo ayuda, y por ello gozó de gran prosperidad. Piensa en Nehemías. Podía encontrar tiempo para orar a su Dios del cielo aun cuando estaba parado en la presencia de su amo Altarjerjes. Piensa en los

ejemplos que estos hombres piadosos te han dejado, y decídetes a imitarlos.

¡Quiera el Señor darte el espíritu de gracia y de suplicación! “A lo menos desde ahora, ¿no me llamarías a mí, Padre mío, guiador de mi juventud?” (Jeremías 3:4). Feliz consentiría yo que todo el resto de este discurso se olvidara, si tan solo quedara grabada en tu corazón esta doctrina de la importancia de la oración.

V. Conclusión

Y ahora me apresuro hacia una conclusión. He dicho cosas que quizás a muchos no les ha gustado, y ni tampoco hayan aceptado; pero, si este es tu caso, apelo a tu conciencia, porque *¿acaso no son ciertas?*

Joven, tú tienes una conciencia, como cada uno de nosotros. Está corrupta y arruinada por la caída. En un rincón de cada corazón hay un testigo de Dios, un testigo que nos condena cuando hacemos algo malo, y aprueba cuando hacemos algo bueno. A ese testigo apelo hoy, y le pregunto: *¿Acaso no son ciertas las cosas que he estado diciendo?*

Vete ahora, joven, decidido desde este día a recordar a tu Creador en los días de tu juventud, antes de que el día de gracia pase, antes de que tu conciencia se haya endurecido por la edad, y muerto por haberla pisoteado tantas veces, mientras tienes fuerzas, tiempo y oportunidades. Ve y únete al Señor en un pacto eterno que nunca será olvidado. El Espíritu no siempre contendrá contigo. La voz de la conciencia se irá debilitando año tras año mientras sigas acallándola. Los atenienses le dijeron a Pablo: “Ya te oiremos acerca de esto otra vez” (Hechos 17:32). Pero ya le habían oído por la última vez. Apresúrate, no te tardes. No titubees ni vaciles más.

Piensa en el indescriptible *consuelo que darás a tus padres*, tus familiares, tus amigos, si sigues mis consejos. Han invertido tiempo, dinero y salud para criarte, y llegarás a ser lo que eres. Ciertamente ellos merecen ciertas consideraciones de tu parte. ¿Quién puede medir el gozo y la felicidad que puede ocasionar la gente joven en los que le rodean? ¿Quién puede medir la ansiedad y el dolor que causan los hijos como Esaú, y Hofni, Fineas y Absalón? Tuvo razón Salomón cuando dijo: “El hijo sabio alegre al padre, pero el hijo necio es tristeza de su madre” (Proverbios 10:1). ¡Por favor, considera todas estas cosas y dale a Dios tu corazón! Que no sea dicho de ti al final, como se dice de muchos: “Tu juventud fue un error tras otro, tu madurez pura lucha, y tu vejez pura lamentación.”

Piensa en *el instrumento para bien que puedes ser en el mundo*. Casi todos los santos eminentes de Dios buscaron al Señor en su juventud. Moisés, Samuel, David, Daniel, todos sirvieron a Dios desde su mocedad. Parece que Dios se deleita en honrar de modo especial a sus siervos jóvenes. ¿Qué podríamos esperar si los jóvenes en nuestros días se consagrarán a Dios en la primavera de sus vidas? Se necesitan obreros en casi toda

buena causa, pero no se hallan. Existe toda clase de recursos para esparcir la verdad, pero no hay manos para usarlos. Es más fácil adquirir dinero que obreros para hacer el bien. Se necesitan pastores para nuevas iglesias, se necesitan misioneros para nuevos campos, se necesitan visitadores para vecindarios descuidados, se necesitan maestros para nuevas escuelas, muchas buenas causas están detenidas por falta de obreros. Escasean mucho los hombres consagrados, fieles, y dignos de confianza para ocupar puestos como estos que he mencionado.

Joven, *Dios te necesita en su obra*. Esta es una era especial de actividad. Nos estamos librando de nuestro pasado egoísmo. Los hombres ya no duermen el sueño de apatía e indiferencia hacia los demás, como sus padres lo hicieron. Empiezan a tener vergüenza de pensar como Caín: “¿Soy yo guardador de mi hermano?”. Ante ti se abre un amplio campo para ser útil, sólo falta que estés dispuesto a entrar en él. La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos. Sé fiel en realizar buenas obras. Ven a ayudar a tu Señor en su lucha contra el poderoso Satanás. Esto es, en cierto modo, imitar a Dios, no sólo ser bueno, sino hacer el bien (Salmo 119:68). Esta es la manera de seguir los pasos de tu Señor y Salvador: “Éste anduvo haciendo bien” (Hechos 10:38).

Esto es vivir como David; “porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió” (Hechos 13:36). ¿Y quién puede dudar que este es el camino que más le conviene al alma inmortal? ¿A quien no le gustaría dejar este mundo como Josías, que fue lamentado por todos, en lugar de partir como Jeroboam, “sin que lo desearan más” (2 Crónicas 21:20)? ¿Es mejor ser inútil, frívolo, estorbo inútil en la tierra, vivir para tu cuerpo, tu egoísmo, tus deseos, tu orgullo, o vivir dedicado a la gloriosa causa de ser útil a tus semejantes? Ser como Wilberforce o el Señor Shaftesbury, una bendición a tu país y al mundo; ser como Howard, el amigo de los prisioneros y cautivos; ser como Schwartz, el padre espiritual de cientos de almas inmortales en tierras ajenas o ser como aquel hombre de Dios, Roberto M’Cheyne, una luz refulgente, una epístola de Cristo, conocido y leído por todos los hombres, el vivificador de todo corazón cristiano que cruza tu camino. ¿Quién puede dudar la respuesta, ni siquiera por un instante?

Joven, considera tus responsabilidades. Piensa en la facultad y el privilegio de hacer el bien. Decide este día ser útil. Entrega en este mismo instante tu corazón a Cristo.

Por ultimo, pienso en la *felicidad* que tendrás en tu propia alma si sirves a Dios, felicidad en el camino mientras viajas a través de la vida, y felicidad al final, cuando la jornada termine. Créeme, puedes haber oído lo contrario, pero puedes estar seguro de que hay una recompensa para los justos aun en este mundo. La santidad incluye una promesa para esta vida, al igual que para la venidera. Sentir que Dios es tu amigo te da una paz firme. Hay una satisfacción en saber que no importa lo indigno que seas,

estás completo en Cristo, que tienes una porción permanente, que has escogido aquella parte buena que no te será quitada.

“De sus caminos será haziado el necio de corazón, pero el hombre de bien estará contento del suyo” (Proverbios 14:14). El camino del hombre mundano se entenebrece más y más cada año que vive. El camino del cristiano es una luz brillante que alumbra más y más hasta el fin. Su sol apenas está saliendo cuando el de los impíos se está poniendo para siempre. Todas sus mejores cosas están empezando a florecer para siempre, cuando al mundano se le están resbalando todas de las manos, desapareciendo para siempre. Joven, todo esto es verdad. Acepta mis palabras de exhortación. Convéncete. Toma la cruz. Sigue a Cristo. Entrégate a Dios.



Thoughts for Young Men - Spanish